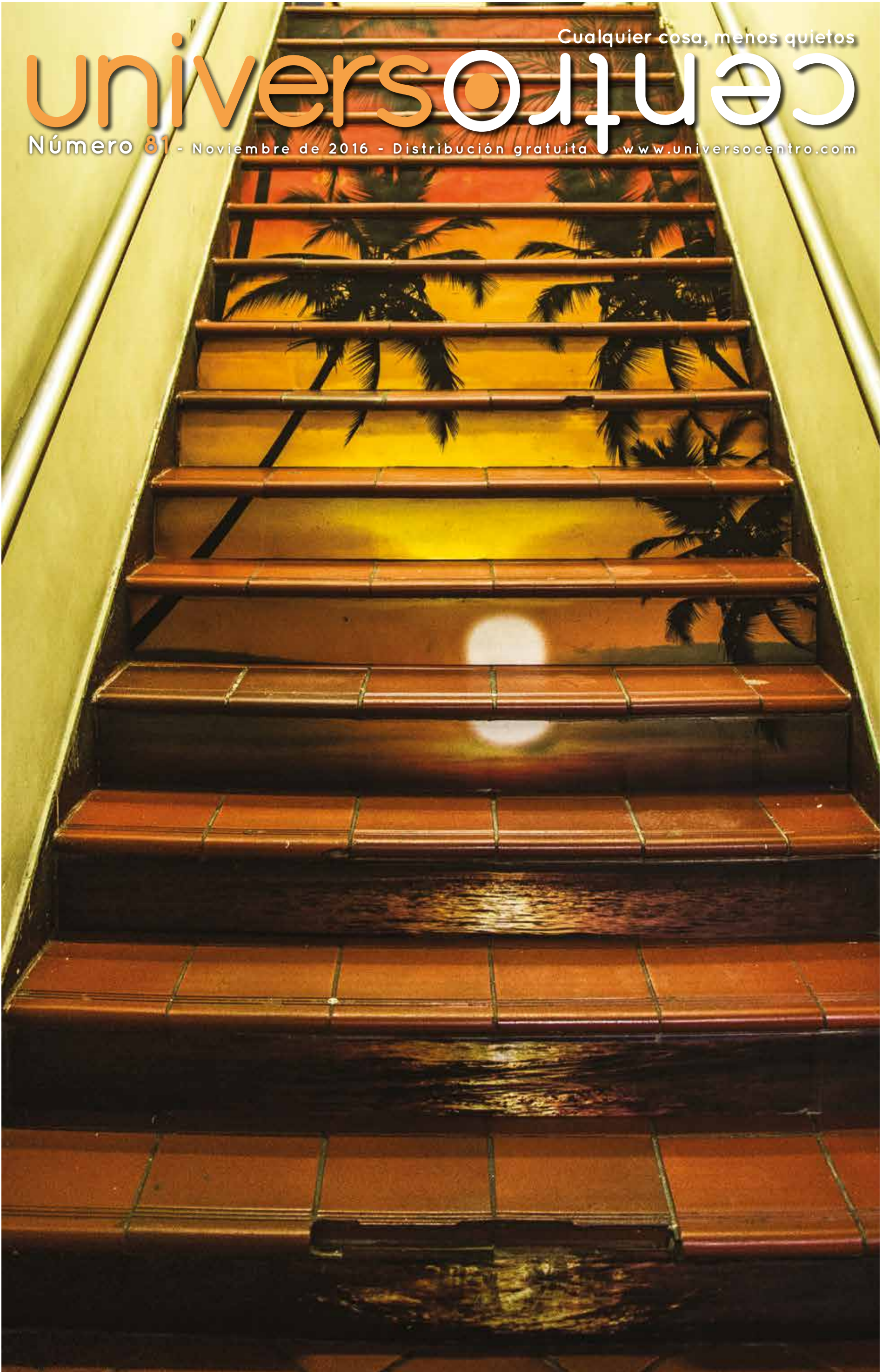


Cualquier cosa, menos quietos

universo **centro**

Número 81 - Noviembre de 2016 - Distribución gratuita - www.universocentro.com



10

Supuesto discurso

18

Junín con La Playa

22

Miedo a un velo

24

Sin hinchada, pero con hinchas

26

Fantasmas de Mompox

28

La tiranía del billete

30

Un sueño para Meli


universo centro
DIRECCIÓN Y FOTOGRAFÍA

– Juan Fernando Ospina

EDITOR

– Pascual Gaviria

COMITÉ EDITORIAL

– Fernando Mora Meléndez

– Guillermo Cardona

– Alfonso Buitrago

– David E. Guzmán

– Andrés Delgado

– Anamaría Bedoya

– María Isabel Naranjo

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

– Gretel Álvarez

DISTRIBUCIÓN

– Erika, Didier, Daniel y Gustavo

CORRECCIÓN

– Gloria Estrada

ASISTENTE

– Sandra Barrientos

Es una publicación mensual de la
Corporación Universo Centro

Número 81 - Noviembre 2016

20.000 ejemplares

Impreso en La Patria

universocentro@universocentro.com

DISTRIBUCIÓN GRATUITA

W W W . U N I V E R S O C E N T R O . C O M

Al tablero



Tablero. Santiago Cárdenas, 1976.

La lectura del número anterior dejó sorpresas, inquietudes, debates y algo de dolor. Uno de los textos publicados era una diatriba, en clave literaria, escrita por un alumno contra uno de sus profesores en la Universidad Nacional. Un apodo servía como título y primera acusación: Juan Malo, era el escueto encabezado de la historia. Se trataba de un reproche incendiario que mezclaba realidad y ficción, que tenía las verdades de quien se sienta frente al tablero, salpicadas de las mentiras de quien se sienta frente al teclado. En nuestro comité editorial sabíamos que se trataba de un cuento que comenzaba con una mentira inmensa: la muerte del protagonista que en realidad estaba vivo. Se discutió sobre la conveniencia de publicar el texto y al final, por decisión dividida, resolvimos incluirlo en nuestra edición número 80. Lo que en realidad no sabíamos era que Juan Malo fuera un personaje tan conocido, y tan admirado por muchos, y que *Universo Centro* tuviera tantos lectores que creyeran a pie juntillas todas nuestras historias.

Recibimos múltiples mensajes, correos y reproches por el trato que se le había dado al personaje de la vida real mientras nosotros pensábamos en las peripecias del personaje de un cuento, de una pequeña venganza literaria. Tal vez nuestro soporte, el vilipendiado y venerado papel periódico, haga creer a muchos de nuestros lectores que todas las historias de UC son noticia, crónica, reseña, perfil o investigación que sigue al pie de la letra las desgracias y las dichas del día a día. Los correos de reclamo y las sugerencias de enmienda llamaron al texto columna, reportaje, noticia, y se encargaron de señalar las mentiras y la prueba reina de que Juan Malo caminaba por el barrio. Llegaron también las amenazas de acciones legales y de posibles cartas de advertencia para quienes ponen un aviso en nuestras páginas, que señalarían la desidia y la irresponsabilidad del periódico.

Pero *Universo Centro* ha sido siempre una mezcla de mentiras e intentos de verdad, aquí han tenido espacio los poemas, las crónicas, los cuentos y las exageraciones de las aventuras personales, los cuentos y los textos que caminan por la cornisa que impide una etiqueta segura. Esa mezcla es una de sus particularidades y ha permitido tener a cerca de cien autores entre periodistas, escritores, lectores y simples mecanógrafos con ganas de contar una historia cierta o falsa.

Somos conscientes de que el texto de Juan Fernando Ramírez sobre su profesor era un caso particular. Por momentos un papel mojado contra el tablero, arrebato de estudiante, por momentos una especie de denuncia, al rato una anécdota, más tarde una conversación con el protagonista. Es cierto que se prestaba a confusiones y que debimos hacer una advertencia en la página o, por qué no, cambiar el nombre del protagonista para correr las posibles afrentas un paso más al lado de la ficción. Dijimos al principio que las lecturas habían dejado algo de dolor y queremos ofrecer disculpas por eso. Nadie en *Universo Centro* cree que valga la pena provocar dolores innecesarios y la publicación nunca tuvo un ánimo injurioso. Siempre creímos, y seguimos creyendo, que el cuento tenía un valor literario. Como lo tienen las páginas de Fernando Vallejo contra su familia y contra la humanidad entera sin que eso merezca el llamado de sus hermanos a la fiscalía. La literatura tiene las licencias de la invectiva y la crueldad. Es parte de su lenguaje. Esa licencia ha alimentado muchas de sus páginas, es un agujijón a nuevas letras, siempre más efectivo que las denuncias que se archivan en los juzgados.

Tal vez este episodio nos sirva a todos. Al interior del periódico han crecido las discusiones y el cuidado frente a los textos híbridos. Nunca con el ánimo de la autocensura pero siempre, de ahora en adelante, con el tacto necesario para tratar historias que contengan ofensas personales. Para los lectores vale la pena un llamado de atención a leerlos con más inclinación a la desconfianza, con espacio para el juego y la mentira. No queremos llenar el periódico de advertencias y cintas de colores que señalen los diversos géneros. No somos un noticiero ni un medio exclusivamente periodístico, nos gusta el desorden y la posibilidad de las dudas al momento de la lectura. No coman cuento. ☺

La historieta me absolverá

por PASCUAL GAVIRIA

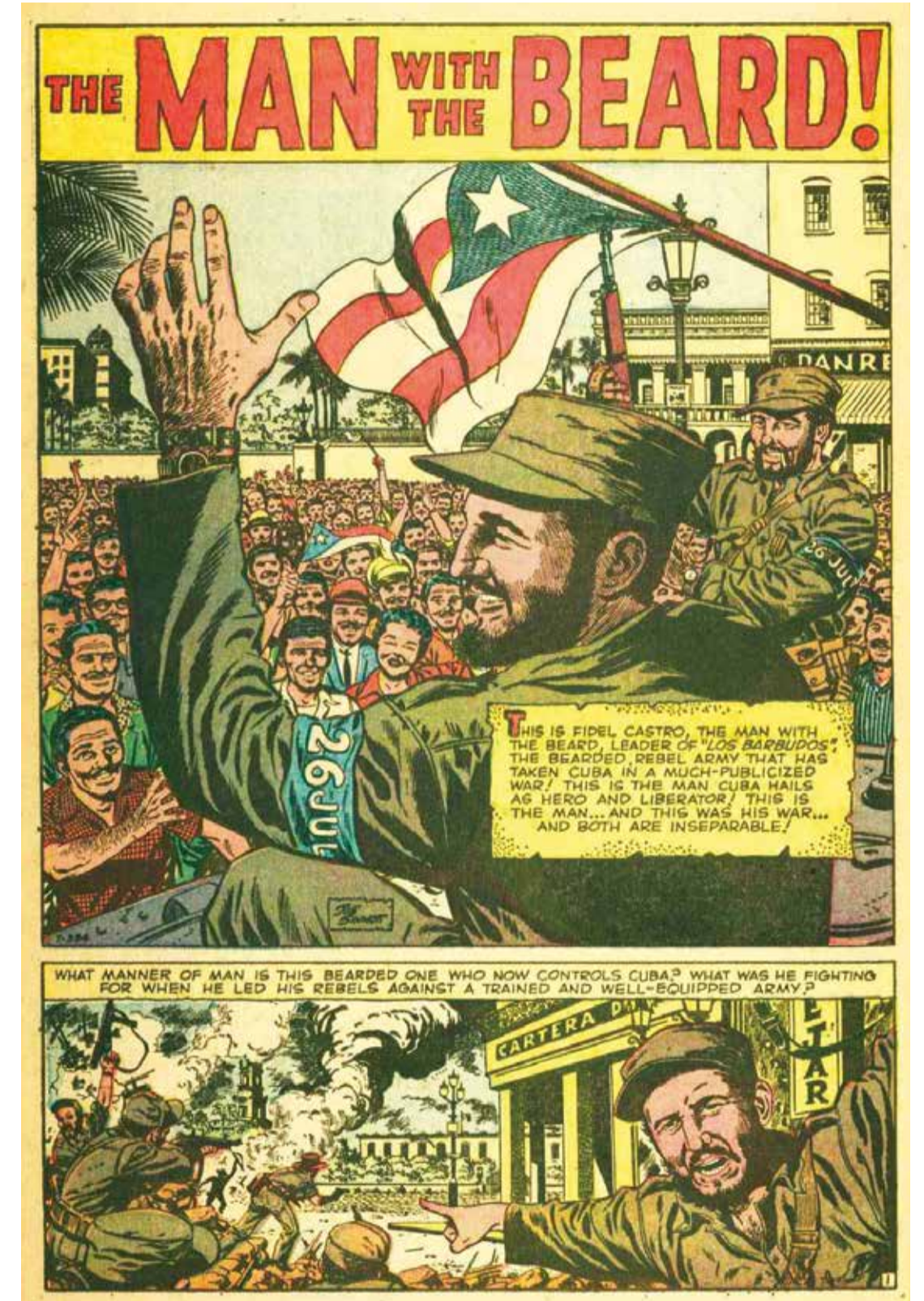
En junio de 1959 Stan Lee, el padre de Spiderman, Hulk y Iron Man entre otros, se aburría de la desidia ambiente frente a las hazañas de sus personajes y decidió hacer una historia de cuatro páginas para la estrella del momento, el hombre al que Sartre comparaba con San Juan de la Cruz y el mundo aclamaba como un santón de la nueva humanidad. La historieta la imprimió Atlas Comics (que se convertiría en Marvel) para el número 66 de la revista *Battles*. El cómic lo dibujó Joe Sinnott y tenía como título *The man with the beard*. Las multitudes habaneras aclaman la figura de Fidel Castro mientras la historieta lo describe: “Este es el hombre al que Cuba saluda como héroe y libertador (...). El grupo de barbudos que bajaron de las montañas hasta la capital para liberar al pueblo y fundar un nuevo país” parecía tener poderes sobre naturales.

Habían logrado que el anticomunismo militante de los superhéroes gringos acogiera a un guerrillero que estaba a punto de escoger la hoz y el martillo como sus armas. Antes, por las páginas de las historietas gringas habían marchado ejércitos de simios adornados con los símbolos comunistas en Alemania Oriental y Roy Rogers había ayudado al FBI a impedir el secuestro de científicos occidentales por infiltrados de “la amenaza roja”. La Guerra Fría convirtió a los cómics en el tinglado perfecto para la lucha tecnológica entre el capitalismo americano y el comunismo soviético: el mismo Nikita Krushchev alistó a Crimson Dynamo, uno de los primeros archienemigos de Iron Man en 1963.

Al final, la historieta de *El hombre de la barba* suelta una pregunta inquietante: “¿Él ha ganado la guerra, pero esto es solo la mitad de la batalla! ¿Puede Fidel Castro, el hombre de la barba, ganar lo más importante, la paz? Solo el futuro y la historia lo dirán”. El futuro trajo muy pronto la crisis de los misiles y Fidel comenzó a deformarse en la línea de los dibujantes norteamericanos. El aura de *El hombre de la barba* se cambió por los rasgos turbios, típicos del dictador comunista en América Latina, un barbón, por supuesto, que oprímía a su pueblo como gobernante de un país llamado San Diablo, situado entre Brasil y Colombia. Es la ventaja de las historietas, los buenos pueden deformarse y tornarse malos luego de unos pocos números. Fidel Castro fue héroe y villano en casi todos los escenarios mundiales en el siglo XX. Lo vimos fungiendo de Santo en Angola y de demonio en Checoslovaquia, de ícono en las universidades y plaga en las iglesias y los supermercados, de íntimo y verdugo de los disidentes, según el color y la cercanía de sus críticas.

En Cuba no hubo mucho espacio para las historietas. El rasgo infantil de la revolución se inclinó más por el catecismo que por una historia fantástica. Fidel se erigió como padre de una sociedad que supuestamente necesitaba su ejemplo, su consejo y su castigo. Hace unos años su hermano Raúl criticó el “enfoque excesivamente paternalista de la revolución”, y muchos aseguran que las reformas no se aceleraron para no disgustar a ese abuelo todavía combativo. Luego de su muerte el periódico *Granma* publicó una viñeta repetida del Fidel soldado y triunfante, una especie de confesión de esa figura omnipresente bajo el titular “Cuba es Fidel”.

Frente a la frivolidad de las historietas y el relato grandilocuente de las hagiografías y los catecismos, queda el poder precario de la poesía, ese enemigo silencioso y molesto. *Sobre los héroes*, un poema de Heberto Padilla, uno de los primeros desencantados entre los revolucionarios, puede servir como final para este recuento de viñetas.

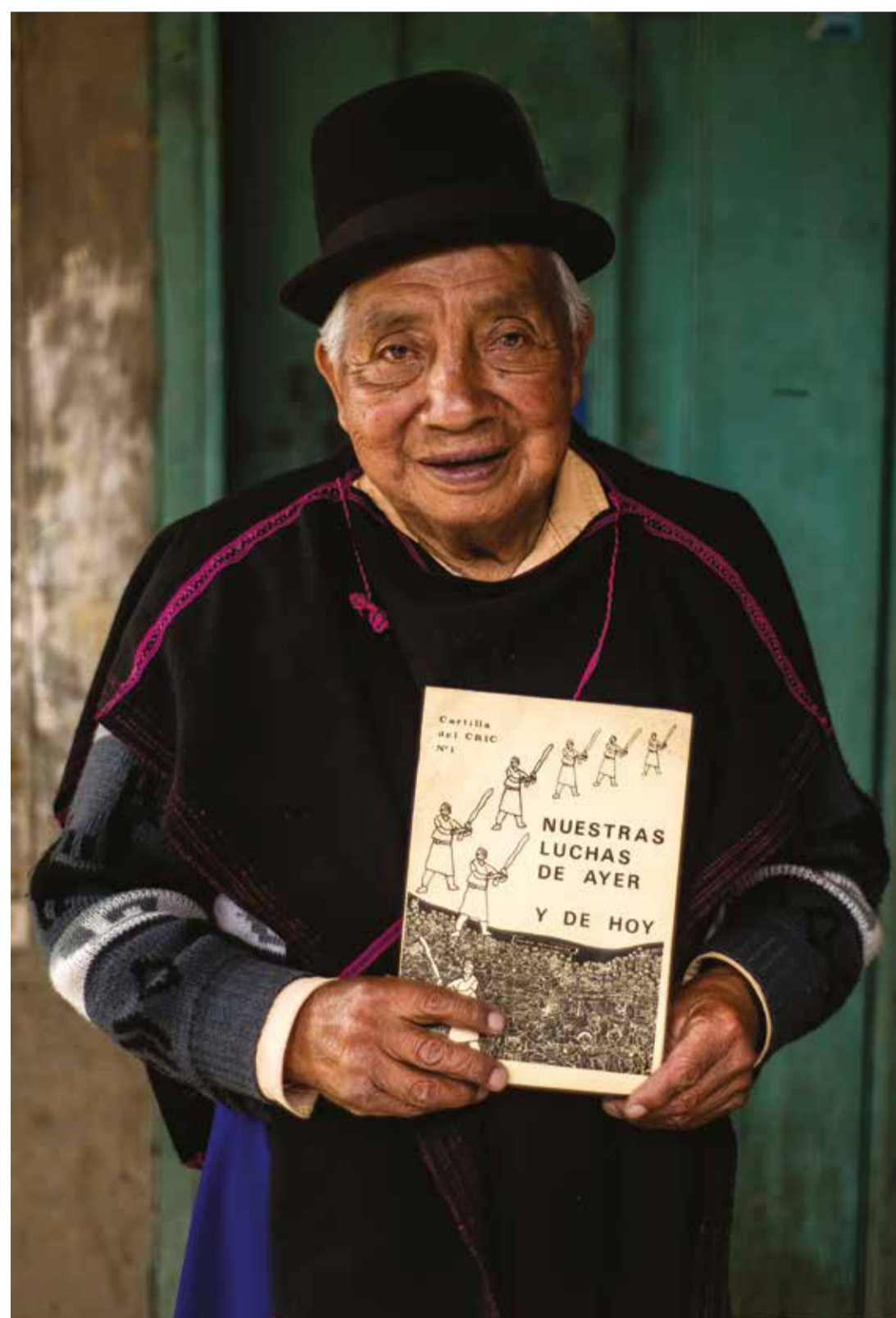


A los héroes
siempre se les está esperando,
porque son clandestinos
y trastornan el orden de las cosas.
Aparecen un día
fatigados y roncos
en los tanques de guerra,
cubiertos por el polvo del camino,
haciendo ruido con las botas.
Los héroes no dialogan,
pero planean con emoción
la vida fascinante de mañana.
Los héroes nos dirigen
y nos ponen delante del asombro del mundo.
Nos otorgan incluso
su parte de Inmortales.
Batallan
con nuestra soledad
y nuestros vituperios.
Modifican a su modo el terror.
Y al final nos imponen
la furiosa esperanza. ☺

★ Cauca zapatista

por FELIPE CHICA JIMÉNEZ

Fotografías por el autor



*¿Escucharon?
Es el sonido de su mundo derrumbándose.
Es el del nuestro resurgiendo.
El día que fue el día, era noche.
Y noche será el día que será el día.
EZLN, 2012*

Javier Calambás Tunubalá mira el fuego como si tuviera propiedades conmemorativas. El hombre que a los veinticinco se cansó de pagar impuesto a los terratenientes de Guambía, organizó un sindicato indígena con el fin de abolir ese pago y lo logró, está sentado frente a un sartén con aceite caliente rumiando recuerdos. Hoy luce tan entusiasta como ese 13 de junio de 1964 cuando convocó a más de diez mil indígenas guambianos a la finca San Fernando. La voz, unas veces grito y otras susurro, anunciaba la firma de las escrituras de un terreno que años atrás les había robado la familia Garrillo. El medio para recuperarla fue simple. Crearon una cooperativa comunitaria y la llamaron Las Delicias. La estrategia. Obligar al Estado a través del Incora a comprar la tierra para convertirla en resguardo indígena. Javier estaba a la cabeza de toda esa operación que costó mucha caminata, mucha minga, mucha fiesta.

Motivado por el triunfo de la revolución cubana quiso recuperar las tierras ancestrales del valle del Chimán, en Silvia, Cauca. Y las recuperó. Por eso su nombre es reconocido en el norte del Cauca como uno de los grandes taitas del movimiento indígena.

—A los ricos que se burlaban de nosotros los mostramos que nosotros no hacíamos mentiras —dice Javier con un castellano propio.

Pero no todo fue alegría. Mientras acaricia el gato de su casa Javier cuenta que después de fundar del Consejo Regional Indígena del Cauca (CRIC), el 24 de febrero de 1971, vio morir asesinados a muchos líderes que lo apoyaron en esa labor. Cayeron en una oleada de violencia que comenzó esa década y no para hasta hoy.

Como pocos departamentos colombianos, el Cauca es un territorio determinado por la resistencia social y la lucha por la tierra. Todas las guerras civiles del país atravesaron sus valles y montañas, y a pesar de ellas, Colombia vio surgir una revolución sigilosa que ni la violencia pudo detener.

Javier vive en una casa de madera a los pies del páramo y a orillas del río Piendamó. Para recordar su vida prefiere la cocina. El hollín tiñe cada rincón pero el calor del lugar reconforta ante las violentas ráfagas de viento que bajan de las montañas y se filtran por entre los tablones. Conoce las leyes indígenas como pocos.

Además de ser uno de los precursores de la reconquista territorial indígena más importante del siglo XX, y vivir para contarlo en un país que asesina sus líderes sociales, él esconde en su memoria detalles descuidados de un diálogo mudo entre dos territorios alejados por la geografía y unidos por la lucha: el norte del Cauca y el sur de Chiapas en México.

La noticia de que un grupo de indígenas había recobrado tierras del valle del Chimán luego de siglos de despojo salió del Cauca, llegó a Putumayo, recorrió trochas por el Tolima, Huila, Quindío y subió hasta la Sierra Nevada de Santa Marta a más de mil kilómetros de distancia. Se esparció por el resto del país y finalmente llegó hasta el mundo comunista. Rusos y chinos enviaron a Silvia sus colaboradores para conocer de primera mano la experiencia de la cooperativa Las Delicias.

Las elites colombianas venían de repartirse el gobierno entre liberales y conservadores como coletazo de la guerra bipartidista y ni cortas ni perezosas hicieron lo suyo. Previendo lo que se venía a cuenta de las



Fotos de archivo tomadas en febrero de 1971 en la fundación del CRIC.

exigencias sociales de una reforma agraria, lanzaron una ofensiva legal que recibió el nombre de Pacto de Chicoral. Institucionalizaron la ganadería extensiva y sepultaron las posibilidades de que comunidades rurales accedieran a la tierra por las vías de derecho. Casi al mismo tiempo, en México, a comienzos de 1972, unas dos mil familias de los grupos indígenas de origen maya, tzeltales y choles eran desplazadas por un decreto del gobierno que creaba la “comunidad lacandona” con 614 mil hectáreas para sesenta familias indígenas manipuladas por el Partido Revolucionario Institucional (PRI). Se iniciaba uno de los periodos más complicados para los indígenas de Chiapas.

En el Cauca la cosa no era diferente, el pacto privilegiaba a los terratenientes y los grandes empresarios colombianos vieron en el bloqueo norteamericano a las exportaciones de azúcar cubana una oportunidad para llenar de caña las tierras del Valle del Cauca. Justo por esos años los indígenas nasa comenzaban su lento camino hacia las tierras planas con una de las luchas más difíciles y significativas en la historia del CRIC. La López Adentro, una hacienda colonial en el municipio de Corinto.

Para recuperar las tierras de forma similar a como lo habían hecho en el valle del Chimán se fueron a las vías de hecho. La brutal arremetida de los terratenientes en complicidad con la fuerza pública quedó demostrada el 22 de enero de 1982 con el asesinato de cuatro indígenas entre quienes estaban Gloria Ulcué y Serafín Chocué, familiares de Álvaro Ulcué Chocué, un sacerdote y amado dirigente indígena que venía apoyando la recuperación de tierras en López Adentro.

Javier recuerda a Álvaro como un enamorado de su pueblo. Eran amigos. Al día siguiente de la masacre Álvaro denunció ante el Estado y la Iglesia lo que había pasado en López Adentro y asumió como propia la creación del resguardo. Hasta la mañana del 10 de noviembre de 1984 cuando sicarios en motocicleta lo mataron entrando al albergue de Santa Inés en Santander de Quilichao.

—Él sabía que lo iban a matar —dice Javier Calambás.

El sur mexicano es un territorio rebosante de naturaleza. Pero basta teclear Chiapas para

comprobar que sus referencias más populares en internet son los vestigios arqueológicos de la cultura maya y, por supuesto, el movimiento del subcomandante Marcos.

Mientras recorre una parte del valle del Chimán, Javier dice haber recibido una carta de invitación para viajar, junto a Manuel Jesús Muelas, a esa región de México. También recuerda que antes de que se decidiera su viaje, habían llegado al Cauca algunos indígenas mexicanos con la intención de conocer el rescate de las tierras indígenas en Colombia.

Su memoria rehúsa la precisión pero a juzgar por su relato, los costos de un viaje en la época y la pertinencia de su visita, en tanto era uno de los líderes más importantes del momento en el Cauca, es posible que este se haya realizado antes de la fundación del Movimiento Zapatista de Liberación Nacional el 17 de noviembre de 1983 en lo profundo de la selva lacandona.

Cuando se llegó el día del viaje Calambás madrugó como nunca. Tenía todo listo desde la noche anterior. Se levantó a oscuras, se bañó con agua helada, se puso un par de interiores, falda azul, abrigo, ruana, botas Kondor y el sobrero duendesco. Mojó la garganta con agua de panela. En la cocina Nazaria, su esposa, le empacó una vianda con arroz, papa y huevo cocido para comer en el camino. Agarró su fiambre a la ligera y a duras penas le rozó los labios para despedirse.

A las cuatro y treinta de la mañana se encontraron con Muelas, salieron caminando hacia la carretera y se escurrieron hasta el parque de Silvia. En la espera del transporte hacia Popayán, Javier pensaba en que todo saliera bien. Era la primera vez que viajaría fuera del país para conocer otros dirigentes. La emoción lo tenía nervioso, el bus se acercó, echó un vistazo a la plaza de mercado donde se preparaban familias indígenas para vender cosechas de tubérculos, granos de quinua, maíz, habas y ollucos. Miraba a su compañero sujetarse un chumbe en la cintura.

Javier se sentó al lado de la ventana para ver el amanecer. Llegaron a eso de las siete. El vehículo salió de Popayán a las 8:20 a.m. Media hora más tarde abordaron un bus rumbo a Bogotá. Miró el reloj y de nuevo pensó que nada fallaría. En el camino una pareja le lanzaba miradas de reojo y se reían de su falda azul.

La compra del tiquete de avión desde la capital colombiana hasta Ciudad de México estaba a cargo de la Asociación Nacional de Usuarios Campesinos (Anuc). En el D.F. los esperaba una comisión de indígenas.

Mientras el bus avanzaba hacia Bogotá con Calambás y Muelas a bordo, en algún lugar de la selva lacandona se estaban realizando los preparativos para celebrar el campamento. Un hombre de su importancia no iría de turista. Tejería puentes de solidaridad con el movimiento zapatista.

Cuando por fin llegaron a Bogotá, Javier sacó de una libreta la dirección de la Anuc y un taxi los llevó por pocos pesos. En plena noche tocó la puerta de la sede. A esa hora Nazaria ya estaba dormida y había dejado todo en orden, los granos de quinua regados al interior del invernadero y la leña apilada en una esquina del fogón para hacer de comer al día siguiente.

—Cuando llegamos al sindicato... ja, ja, ja... —Javier se ríe y ocho dientes de oro le brillan—, el tesoro estaba en plena pelea a golpes contra otros sindicalistas y se olvidaron de nuestro viaje.

Luego de una larga discusión la gente de la Anuc se marchó. Los dos misak se miraron el uno al otro. El responsable de entregar los tiquetes rumbo al D.F. se perdió en un caos de puñetazos e improperios. Esa noche Calambás y Muelas se quedaron a dormir en la sede del movimiento. Al día siguiente llegaron los sindicalistas para decir que el vuelo se había perdido. Javier salió a las calles bogotanas donde es común escuchar el ruido de los aviones y pensó que alguno iba con destino a México sin él y su compañero. Todo por una pelea ajena. Agarraron sus maletas con los portas vacíos y emprendieron camino al Cauca con el mismo entusiasmo con el que habían llegado a la capital.

De regreso en el Cauca Javier fue invitado a reunirse con un grupo de hombres y mujeres dispuestos a llevar las vías de hecho a otro nivel. Fue hasta el 5 de enero de 1985 que unos ochenta indígenas armados se atrincheraron en las esquinas céntricas de Santander de Quilichao. El plan era sencillo, romper el silencio del pueblo con ráfagas de fusil, sitiar el lugar por unos minutos y hacerle saber al gobierno nacional que la guerrilla indígena del Quintín Lame había nacido para luchar su propia guerra.

Aunque el asalto estuvo acompañado por hombres de las Farc, tenía el sello nasa y era una especie de respuesta al asesinato del Alvaro Ulcué Chocué. Según el Comité Permanente por la Defensa de los Derechos Humanos, el homicidio contó con el apoyo de dos agentes del F2 de la Policía Nacional y fue financiado por terratenientes y políticos de la región.

—El Estado no solo nos había abandonado, estaba en nuestra contra —recuerda Luis Acosta, coordinador nacional de la guardia indígena, durante una entrevista en Corinto.

Al tiempo que el conflicto armado se anclaba en las montañas del Cauca con la paulatina conformación del sexto frente de las Farc, los indígenas consolidaban una larga lucha cuya filosofía se sintetizaba en el lema de “caminar la palabra”. Entonces, y a miles de kilómetros de distancia, los zapatistas iniciaban su vida política con un lema un similar, “mandar obedeciendo”.

Es lógico pensar que la llegada clandestina de zapatistas a las tierras del Cauca en pleno auge del levantamiento armado del Quintín Lame tuvo un componente aleccionador. En últimas, según el Centro Nacional de Memoria Histórica, se trató del primer grupo armado de origen étnico en Latinoamérica. Sin embargo, muy pronto llegaría la “contaminación” del movimiento con dinámicas de actores armados más grandes como las Farc y el M-19. Estos últimos respetaron el sesgo indigenista del Quintín, pero muchos mayores como Javier veían en la vía armada un riesgo que no podían correr.

Mientras Carlos Pizarro, máximo comandante del M-19, enrollaba su pistola nueve milímetros en la bandera de Colombia el 9 de marzo de 1990, luego de firmar un acuerdo de paz con el gobierno de Virgilio Barco, Javier observaba y se convencía de la necesidad de la dejación de armas por parte del Quintín. Ese día Pizarro ordenó

romper filas. Un año después el Quintín con sus propias razones hizo lo mismo y dejó las armas para que sus 130 miembros se disolvieran entre su propia gente en la reinscripción de excombatientes más exitosa de la historia, según el mismo Centro de Memoria Histórica.

El 1 de enero de 1994, día en el que entraba en vigencia el Tratado de Libre Comercio entre Estados Unidos y México, indígenas mexicanos caminaron rumbo a siete cabeceras municipales del estado de Chiapas y luego de una toma armada proclamaron públicamente el nacimiento del Ejército Zapatista de Liberación Nacional. Buscaban enviar un mensaje similar al que envió el Quintín en su momento, el EZLN había llegado para proteger territorios autónomos del neoliberalismo y la violencia ejercida por el gobierno de Salinas de Gortari, dirigente del PRI, que había instado la formación de

grupos paramilitares en sus territorios para evitar su expansión.

El Quintín, llamado así en memoria del líder Manuel Quintín Lame, y el EZLN, en honor a Emiliano Zapata, buscaron a destiempo un mismo cometido. Disputarle a ambos Estados el monopolio de una violencia de por sí ilegítima y suplantarla por una autodefensa étnica a través de las armas.

Javier no conoció a Manuel Quintín pero su padre Julio Calambás sí. El viejo era un papero de Jambaló condenado al impuesto de terraje que indujo a su hijo en la disputa por los resguardos autónomos. Julio Calambás, como la mayoría de líderes de su generación, trató con José Gonzalo Sánchez quien luego de su viaje a Rusia volvió a Colombia para conformar las Ligas Campesinas y los pequeños sindicatos que intentaban consolidar una clase agraria y se estrellaron con la violencia.

Con la ternura que lo caracteriza Javier habla de los indígenas mexicanos como si tratara a sus hermanos de sangre. Nunca los conoció a fondo, nunca viajó a México, solo charló con una mujer indígena mexicana en las montañas del Cauca. Para algunos Javier no es una fuente del todo precisa. Prefiere hablar de “territorios ancestrales”, “liberación de la Madre Tierra” y “minga” antes que de lucha de clases y socialismo. Con un zapatismo eclipsado por la imagen del subcomandante Marcos, la consigna de “un mundo en donde quepan muchos mundos” quedó en la memoria del Cauca como si se tratara de palabras propias del mundo indígena. Sospecho que pronto la chonta de la guardia indígena no será más un símbolo exclusivo del Cauca.

Mi último día en casa de Javier Calambás la familia se encontraba reunida en la cocina como de costumbre.

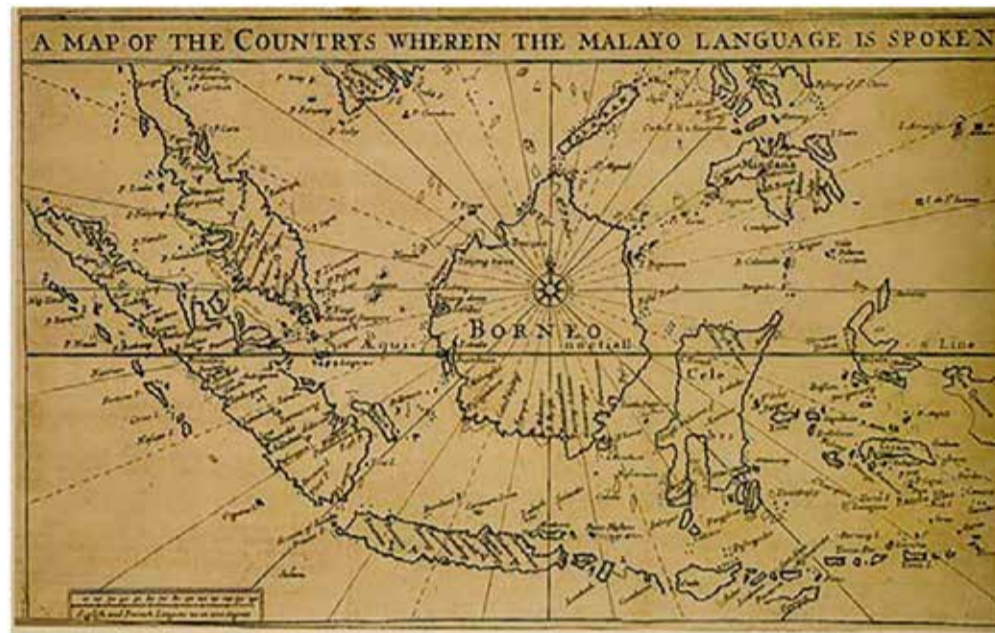
—Noviembre es el mes de la ofrenda por los muertos —dice Javier mientras me entrega unas rosquillas fritas y un café—. Antes todo se hacía con minga, ahora estamos queriendo recuperar las fiestas —agrega con una voz temblorosa mientras yo pienso en la magnitud de la resistencia indígena y en las pocas referencias teóricas que desde el marxismo latinoamericano se encuentran sobre ella. Como si los protagonistas de la historia no fueran dignos de aparecer en sus libros.

Los pormenores sobre si el zapatismo surge en parte por inspiración del movimiento indígena del Cauca no valen tanto como su indirecta hermandad. Javier baja el gato y se sacude los pelos que dejó sobre sus piernas. En los ramales de su testimonio deja ver que pasó de todo, mañanas de siembra, tardes de debate y noches de calabozo. ©



El primer viaje de los marineros

por PEDRO DANIEL SALDARRIAGA



Mapa de Thomas Bowrey.

El hombre ha sido un espécimen inclinado a la experimentación, un animal dispuesto a saciar su curiosidad sin importar las consecuencias. Mentas acostumbradas al mismo paisaje y a las mismas aguas necesitan explorar otras sensaciones, pulsos donde la realidad adquiere nuevas figuras. Necesitan alterar la conciencia, encontrar una pócima, la pócima, que cambie el tedio por la embriaguez.

En la década de 1670 un grupo de marineros y comerciantes ingleses bordeaban la costa de Bengala, al noreste del océano Índico. Cansados de emborracharse con las mismas aguas, los marineros vieron con especial curiosidad que los nativos gozaban y se divertían con una bebida llamada *bhang*, hecha a base de semillas secas de cannabis maceradas y mezcladas con agua fresca. No dudaron en probar la novedosa bebida, pero en privado. No querían hacer el ridículo a los ojos de sus clientes y anfitriones y temían por la seguridad en medio del viaje. Además, el puritanismo de la época les recomendaba evitar verse muy felices.

En su libro *La búsqueda del olvido*, Richard Davenport-Hines cuenta que diez marineros llegaron al bazar de un pueblo indio y compraron cada uno un medio litro de *bhang* por seis peniques. Contrataron a un faquir para que los cuidara durante el viaje. Se bebieron el *bhang* y, mientras se limpiaban con la manga del saco las comisuras de los labios, el faquir fue hasta cada una de las ventanas del lugar, las cerró y les echó seguro. Era el guía y responsable del viaje iniciático.

Las palabras de Thomas Bowrey, el primer relator inglés que se bebió un porro, o al menos el primero en escribir un testimonio en inglés sobre el uso recreativo de la marihuana, concluyen que la mayoría disfrutó la aventura del bebedizo. Bowrey fue marino mercante con incursiones en la geografía y los idiomas. Escribió relatos de sus viajes en clave geográfica y publicó el primer diccionario del malayo al inglés. No era un marino peludo de botella en mano sino un explorador de copa y peluca enrolada. Su memoria o sus notas nos permiten ver la escena de esa turra de ingleses en tierras de Oriente: "Pronto comenzó a ejercer su efecto sobre la mayoría pero de un modo alegre, salvo sobre dos de nosotros, que supongo temieron que les hiciera daño ya que no estaban acostumbrados. Uno de ellos se sentó

en el suelo y lloró amargamente toda la tarde, el otro, aterrorizado, metió la cabeza en una gran jarra y permaneció en esa posición cuatro horas o más; cuatro o cinco de nosotros se tendieron sobre los tapices (que cubrían el suelo del aposento) elogiándose unos a otros en los términos más corteses, figurándose cada uno que era nada menos que un emperador. Hubo uno que se puso pendenciero y peleó contra una de las columnas de madera del pórtico hasta que apenas quedó la piel en los nudillos de sus dedos. Yo y otro más nos quedamos sentados sudando desmesuradamente durante tres horas".

Pero no solo los marineros sucumbieron a la tentación y los extravíos del *bhang*, el faquir también se echó sus traguitos y terminó haciendo un show absurdo en plena calle, "llamándonos a todos reyes y valientes, imaginando él mismo estar a las puertas del palacio de Agra, y cantando por tanto en lengua indostani". La curiosidad llevó a Bowrey hasta variantes más espesas y más secas que la droga, supo que podía fumarse o mascararse, pero conservó sus preferencias por el bebedizo: "Hace su efecto según los pensamientos de quienes la beban, de manera que si uno está feliz en este momento seguirá estándolo y reirá en exceso (...) de todas las cosas". Sin embargo, si "la toma en estado de temor o melancolía, se verá sumido en una gran pena y su espíritu padecerá grandes angustias".

Davenport-Hines dice que los experimentos de Bowrey con el *bhang* tuvieron más importancia de la que él podía imaginar. La droga, gracias a los clientes ingleses del bazar indio, se convirtió en un nuevo producto para el comercio internacional. Y aquella fiesta, el primer viaje de los marineros, marcó para Occidente uno de los comienzos del uso de sustancias medicinales con el fin de satisfacer el deseo de un olvido placentero: "Las distintas reacciones de los compañeros de Bowrey en su fiesta con *bhang* resultaron ejemplares. Su comportamiento fue, de formas diversas, jubiloso, indiferente, psicótico y violento. Tanto el marinero que se figuró un emperador, como su enajenado colega que metió la cabeza en la jarra, son prototipos del comportamiento occidental que ha durado más de tres siglos".

En la India, donde se conocían los efectos alucinógenos del cannabis desde el siglo I antes de Cristo, surgieron tres preparados: el *ganja*, hecho con las flores de la planta hembra; el

charas, que era la resina pura, similar al hachís de Oriente próximo, y el *bhang*, el más barato y menos potente de los tres, el chirrinchi sicológico que bebieron Bowrey y los demás marineros, preparado con hojas, semillas y tallos macerados. Deliciosa *pangola*. Los indios intentaban curar la disentería, las jaquecas y las enfermedades venéreas con el cannabis pero cada vez más discípulos ociosos eran atraídos por sus encantos.

En 1678, por la misma época de Bowrey y sus compañeros de beba, dos mujeres al norte de Bengala descubrieron a un mendigo "macerando algunas de esas hojas embriagadoras, que tuvieron la ocurrencia de probar, acaso movidas por el color de la hoja, que era de un verde encantador, o por uno de esos caprichos fantásticos que a veces dominan a las mujeres". Ambas recibieron un vaso de *bhang* con azúcar y canela que bebieron sin titubear. "Comenzaron a verse afectadas por esa ebriedad enajenada y cómica, que es el efecto infalible de esta poción; entonces les entró un ataque de risa, y un deseo de bailar, y de contar historias sin pies ni cabeza...". La cita es del joyero y viajero francés Jean Chardin, quien vivió varios años en Persia bajo la protección del *sha*. En sus relatos de viaje, Chardin consideraba que el cannabis mezclado con tabaco y fumado no era tan nocivo como el *bhang*, que "solo bebe la escoria del pueblo". Era el preferido de los mendigos, quienes tomaban el menjunje varias veces al día, pues "por virtud de la bebida caminaban con más brío y agilidad".

En sus crónicas, Chardin cuenta que entre las tres y las cuatro de la tarde los cafés se llenaban de hombres que buscaban en este "licor estupefaciente" una salida a sus angustias y desgracias, y suelta su advertencia: "con el tiempo su empleo se vuelve mortífero, al igual que el del opio, sobre todo en países fríos donde sus malignas propiedades influyen tanto más sobre el espíritu; y el uso constante deforma las complexiones y debilita increíblemente el cuerpo y la cabeza (...) los que se han habituado a esta bebida ya no consiguen vivir sin beberla, y tal es su apego a ella que morirían si llegara a faltarles".

Para Davenport-Hines el contraste entre el tono divertido del marino inglés y la desabogación del joyero francés acerca del *bhang*, ha perdurado desde entonces. Cada cual cuenta el viaje según los vientos. ©



Liberemos sin apuro la tierra donde ocurren milagros como el agua, la piedra y la raíz. Cada uno de nosotros es en este momento la vida. Que eso nos baste.
José Saramago

CONFIAR
COOPERATIVA FINANCIERA
Cooperativizando para el Bien vivir
2016-2017

Saberes de vida
EAFIT

Educación para el Deleite intelectual para la nueva generación de mayores

Programas por sedes para el 2017-1

Medellín:

- Cartografía Emocional del Hombre: rutas para una mejor comprensión de sí mismo
- Historia de las Grandes Religiones del mundo
- Estudios culturales del mundo árabe y musulmán

Llanogrande:

- Historia de Rusia
- Breve Historia de los Imperios de Occidente
- Antioquia: historia, geografía y cultura

Bogotá:

- Actualidad Mundial
- La Mente en clave Psicoanalítica, tras la huella de Freud y Lacan
- Felicidad

Pereira:

- 1492: Breve historia del descubrimiento de América
- Breve Historia del Siglo XX
- Entre la realidad, la imaginación y la fantasía

Cartagena:

- Breve Historia de los Imperios de Occidente

Obtenga beneficios si se matricula antes del 31 de diciembre de 2016

Contáctenos

Medellín: (4) 2619500 ext: 9779
Llanogrande: (4) 2619500 ext: 9185
Bogotá: (1) 6114618 ext: 9197
Pereira: (6) 3214115 ext: 8603
Cartagena: 3164520920

¡Matrículas abiertas!

ASOCIACIÓN EAFIT

Educación Continua EAFIT

ACCET

Vigilada Mineducación

Campus Universidad EAFIT, Medellín

www.eafit.edu.co/saberes

Supuesto discurso

por MIGUEL BOTERO

Ilustración: Señor OK

Cuando mis amigos y yo teníamos más o menos diez años, una niña llamada Paulina se pasó a vivir a los límites del barrio, cerca de la canalización. Tenía dulces rasgos emberá, el pelo negro y liso y unos ojos saltarines, llenos de curiosidad. Una noche, al pasar frente a su bloque, la vi sentada en una posición algo extraña y me acerqué hasta verla dibujar un pájaro carpintero de pecho amarillo y cabeza roja con antifaz blanco. Luego, no recuerdo cómo, nos pusimos a hablar.

Paulina me contó que solía observar aves con su mamá en el parque Los Katíos. Me contó que las aves descendían de los dinosaurios y que Colombia es el país con mayor diversidad de ellas en el mundo, aunque muchas de sus especies están en peligro de extinción. Me explicó que los pajareros deben ser curiosos, observadores y, sobre todo, que deben saber esperar. Me habló de unos pájaros que cuelgan sus nidos profundos y alargados en lo alto de los árboles, de cómo algunos cortejan a la hembra por medio de danzas asombrosas y de cómo hay que buscarlos en un ecosistema determinado según sus hábitos o, en algunos casos, solo siguiendo su canto. Paulina hablaba con una seguridad increíble y poco a poco fue tocando temas que parecían mágicos. ¿De dónde procedía el mundo? ¿Cómo había nacido la vida? ¿De dónde veníamos nosotros? Sus palabras se movían entre el mito y la ciencia, pero hablaba más que nada de un gran misterio que lo abarcaba todo. Su pelo olía a flores secas y, por algún motivo inexplicable, el mundo quedó suspendido durante días en ese aroma nuevo. Desafortunadamente, no la volví a ver por un tiempo.

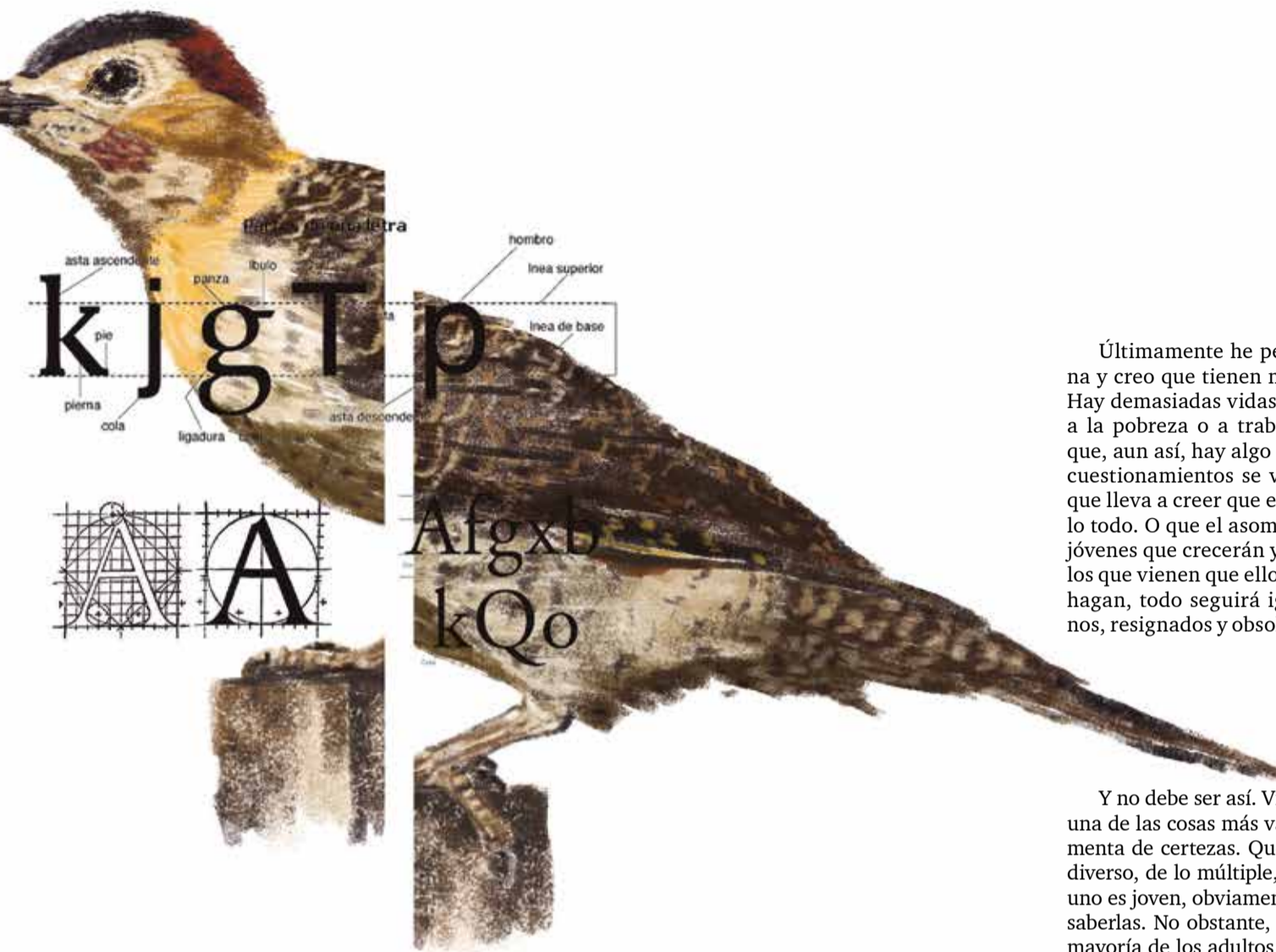
En esa época era común que las revistas y los programas de televisión hablaran sobre distintos enigmas que superan la lógica convencional. Por esa vía mis amigos y yo conocimos la vida en otros planetas, la vida después de la muerte, la vida antes de la vida, la combustión espontánea, las desapariciones en el Triángulo de las Bermudas y el origen alienígena de las esculturas de San Agustín. Más allá de su rareza, eran temas que indagaban la vida desde una visión diferente y, en su momento, creímos en verdad que algunos de ellos serían resueltos muy pronto.

Con el tiempo, la llamada actualidad mundial fue apareciendo con más claridad para nosotros. Eran ante todo problemas que no daban margen de espera pero que, de manera inaudita, hoy siguen vigentes: guerras por doquier, millones de seres con hambre en un mundo con comida suficiente para todos, la destrucción de los ecosistemas, la amenaza que representan las armas nucleares para cada ser vivo del planeta. Todo esto iba acompañado de imágenes impactantes que formaban parte de la vida diaria, imágenes que quedaron plasmadas en cada uno de nosotros, que conmovieron nuestras almas por el sufrimiento que emanaban y porque el destino del mundo, en su sentido más esencial, parecía en juego.

Una de las grandes desilusiones al crecer fue ver que los problemas de la llamada actualidad nacional, que experimentábamos en vivo y en directo, alcanzaron niveles tan demenciales que opacaron por completo todo lo demás. Y era obvio. ¿Qué sentido tenía preguntarse por el origen de la vida cuando no se respetaba su valor? ¿Qué sentido tenía preguntarse por algo cuando las preguntas eran silenciadas a plomo, incluso con bombas?

Para entonces se hablaba y se hablaba de la violencia como si aquella palabra explicara cada posible problema en el territorio nacional. De alguna manera, era como si la tal violencia fuera un enemigo externo, algo que hubiera caído de golpe, algo del todo ajeno a las personas, y no lo que realmente es: la forma más vacía y pobre que tenemos de relacionarnos con el mundo.

Por esos mismos días, surgió otra palabra que los adultos repetían como un mantra y que mis amigos y yo también empezamos a odiar: la palabra adolescente. No teníamos por qué saber que proviene del verbo en latín *adolescere*, que significa ir creciendo o madurar. En nuestros términos se relacionaba más bien con adolecer, que significa tener algún defecto o padecer algún mal y que, lejos del dictamen del diccionario, se usa también en el sentido de carencia. Sin embargo, y más allá de los significados oficiales, mis amigos y yo no estábamos tan equivocados. Además de emitir aquella palabra sin descanso, los adultos alegaban como expertos que ellos ya habían tenido



nuestra edad y que sabían exactamente por lo que estábamos pasando. Cuando hablaban con nosotros, parecían dirigirse a un grupo de enfermos con altas probabilidades de cura. Enfermos que, por otra parte, solo estaban repitiendo una historia que ya había sucedido millones de veces y de manera idéntica.

Unos años más tarde, cuando tomé fuerza el relato dominante sobre aquella época, mis amigos y yo sentimos algo parecido: alguien trataba de contarnos nuestra propia historia como si formáramos parte de una repetición infinita. En Medellín, en Cali, en Huila, en Urabá, en todo Colombia, el relato uniforme sobre un contexto violento había impuesto sus condiciones a tal punto que abarcaba la historia de cada persona como si todos fuéramos un simple derivado de su destrucción. ¡Pero no! Se trataba de una generalización absurda, de una abstracción mentirosa, donde las voces particulares solo aparecían como entes que sufrían el mundo que les tocó vivir. De acuerdo con esa lógica, el contexto actuaba como coro y como voz principal. En definitiva, como lo único que había, como la famosa realidad.

Es obvio que la vida no siempre sucede por medio de palabras. Sin embargo, es por medio de ellas que se construye su relato, su sentido, su derrotero. Nuestra vida es ante todo múltiple, esquiva, inasible, misteriosa, y los mismos hechos, las mismas vivencias, adquieren significados distintos, que dependen de cosas tan sutiles como el tono y el énfasis que se les dé. Allí radica el poder de cualquier relato: en ordenar el mundo de cierta manera, en hacerlo parecer atractivo, verdadero, seductor, incluso cuando se trata de algo cruel. Por eso mismo, siempre habrá quien trate de imponer su versión de los hechos como si expusiera la única verdad. Desafortunadamente, un relato único y absoluto, cualquiera que sea, siempre nace de intereses egoístas. Un relato único y absoluto solo aísla, oculta, niega lo particular, se encarga de abolir matices y diferencias. No así

las historias, que surgen de un modo mágico y natural, como si fueran hierba que vuelve a crecer al cabo de los años en un suelo resquebrajado.

Cuando tenía dieciocho años, volví a encontrarme con Paulina. Ella estudiaba Biología y seguía dibujando pájaros. En aquel entonces yo me sentía más bien perdido en el mundo y, para disimularlo, le dije que había empezado a escribir historias. No sé si me creyó. Solo respondió que su mamá decía que había muchas semejanzas entre la experiencia de escribir y la vida de un pajarero. Requería curiosidad, capacidad de asombro, de observación y, así mismo, la tranquilidad de saber esperar, de amar el proceso más que el fin. Le pregunté entonces por su mamá, y su expresión se tornó frágil. Se quedó un momento en silencio y dijo que había pasado algo muy malo, que algún día me lo contaría. Dijo que en la vida hay cosas que van sucediendo poco a poco: hechos, palabras, sensaciones que se van acumulando en silencio, que van tejiendo las pequeñas tramas que forman nuestro mundo, y que es en ese espacio de construcción en el que debemos vivir. Que hay otras cosas, que pueden irrumper de un modo terrible y desgarrar para siempre los tejidos que se han construido con cariño y esmero. No me contó nada más al respecto. Solo añadió que más allá de las adversidades, hay que tratar de seguir adelante, que el mundo siempre merece otra oportunidad. Que lo malo, lo realmente triste, es no respetar la vida: la propia ni la de los demás. Pero que, de todos modos, seguir adelante no significa solo asistir a lo que otros tratan de imponer. Pues de ser así, la vida se reduce a ultimar detalles, a realizar enmiendas inútiles, cuando los verdaderos problemas aún están en juego.

Últimamente he pensado mucho en las palabras de Paulina y creo que tienen mucho que ver con el desengaño actual. Hay demasiadas vidas atadas a la guerra y al miedo. También a la pobreza o a trabajos desesperanzadores. Lo extraño es que, aun así, hay algo que lleva a creer que las preguntas y los cuestionamientos se volvieron menos importantes. Hay algo que lleva a creer que el desarrollo tecnológico puede sustituirlo todo. O que el asombro y la curiosidad son solo un juego de jóvenes que crecerán y se irán adormeciendo para advertirle a los que vienen que ellos ya pasaron por eso y que, hagan lo que hagan, todo seguirá igual. Como si convertirse en seres planos, resignados y obsoletos fuera el orden natural de la vida.

Y no debe ser así. Vivir es una búsqueda, no una respuesta, y una de las cosas más valiosas de la gente joven es que no se alimenta de certezas. Que vive en el mundo de los matices, de lo diverso, de lo múltiple, de lo asombroso, de lo incierto. Cuando uno es joven, obviamente no sabe muchas cosas ni tiene por qué saberlas. No obstante, y de forma paradójica, sabe otras que la mayoría de los adultos pretendieron olvidar. En ese sentido, correr riesgos, no tener miedo de perderse, desconfiar de los caminos seguros, mirar al mundo con ojos transparentes y sinceros, son opciones válidas y necesarias para ampliar la mirada, para enfrentarse a los problemas que realmente importan, para poder dialogar con todo el espectro entre lo banal y lo trascendente, que es, al fin de cuentas, el mismo barro del que estamos hechos.

La última vez que hablé con Paulina, ella estaba vendiendo sus dibujos en una feria. Yo, como era habitual, andaba a la deriva, sin saber qué hacer con mis días. Ella me saludó de pico en la mejilla y después de conversar un rato me preguntó por las historias que yo supuestamente escribía. Me sentí como un farsante, pero le dije que andaban por ahí, que algún día se las mostraría. Ella pareció creerme y se alegró. Dijo que lo más importante de una historia es que conmueva, que suene sincera, que parezca de verdad. Y esperaba que las mías fueran así.

Unos años más tarde empecé escribir. Primero de forma barroca y sublime, luego, con el paso de los días, sentí que las palabras no están hechas para embelesarse ni perderse en ellas, que son un vehículo del alma, no su esencia y, de este modo, fui encontrando un ritmo, un orden, una voz.

Escribir historias, como cualquier construcción, es algo que requiere trabajo, que a veces no parece ir hacia ninguna parte, pero que va tomando forma hasta adquirir una fuerza propia, inusitada, particular. De algún modo, las historias nacen como voces perdidas que regresan después de un tiempo. Hay en ellas algo simple y poderoso que me hace pensar en dos preguntas que dan nombre a un cuento de Joyce Carol Oates. ¿Dónde has estado? ¿Para dónde vas? Dos preguntas bellas y esenciales. En medio de ellas está el presente, el camino de los días, el sentido de cualquier historia. ☺

Con la lectura de este texto Miguel Botero celebró el premio por su libro *Sueño blanco* en la primera edición del Spiwak Ciudad de Cali a la Novela del Pacífico Americano en Español.



Caído del zarzo

Elkin Obregón S.

Héroes de papel

Una amiga mía tiene, entre otros encargos, el de adquirir libros para una entidad cultural de la ciudad. Me dice que se cansó de pedir en las librerías obras de teatro. Simplemente, no las hay, nadie las publica ya.

No siempre fue así. Editoriales como Losada, Sopena, Suramericana, Espasa, Calpe, Aguilar tenían colecciones dedicadas a la dramaturgia. Cada semana se nutrían nuestras librerías de títulos que eran un festín. Desde clásicos griegos hasta los grandes modernos, empezando por Ibsen y siguiendo con O'Neill, Arthur Miller, Tennessee Williams, Jean Anouilh, Ghelderode, Shaw, Priestley. Sin olvidar al autor de moda, Bertolt Brecht, ni a los creadores del llamado teatro del absurdo, Beckett, Adamov, Ionesco; e incluyendo a don Ramón del Valle Inclán, muchas de cuyas obras abundan en piruetas escenográficas que las hacen prácticamente irrepresentables.

Más de un lector llegó al teatro gracias al libro (y también, es justo decirlo, gracias a la televisión. En sus primeros años, y por causas que no vienen a cuento, nuestra tele abrió campo a directores como Romero Lozano, Fausto Cabrera y Julio Echeverri Saavedra, entre otros. Supliendo con talento las precariedades de esas épocas, tenían ellos espacios donde montaban lo mejor del teatro universal, libres de *rating* y camisas de fuerza. Además, se forjaron allí estupendos actores, antes de naufragar en el mar de las telenovelas). Después, algo pasó, y no solo aquí. La gente perdió interés en el teatro escrito, le tomó asco, no sé por qué razones, sin duda complejas. Pongo un solo ejemplo, que resume todos: una amiga mía vio en mis anaqueles el *Teatro completo*, de Antón Chejov, editado por Aguilar, y me pidió que se lo prestara; se lo presté, y al día siguiente me lo devolvió, diciéndome que se había sentido incapaz de leerlo. Se privó así de *La gaviota*, de *El jardín de los cerezos*, de *Tío Vanía*, tal vez para siempre.

Presunto lector, óyeme un consejo. Olvida tus prejuicios, y compra un libro de teatro; no lo hallarás en las librerías de nuevo, pero sí en las de viejo, y en las bibliotecas públicas. Quizás le cojas el gusto a esas figuras, a esos escenarios y a esas tramoyas de papel. Recuerda que el papel puede con todo.

Y si tal es tu afición vuelve a ver funciones de teatro. Hoy aquí la gama es amplia; hay muchos grupos, todos muy buenos, muy creativos, y llenos de un entusiasmo casi mesiánico. Pero ese es un tema que se me sale de las manos. Llamemos a Ramiro.

CODA

Una anécdota con Aurita López.

Un comentario mío en una entrevista para *El Mundo* molestó mucho a Aurita López. Por esos días me crucé con ella en la calle, y ni siquiera me miró. Un tiempo después volví a verla en una reunión que organizó el periódico con sus colaboradores. Aurita se acercó al grupo donde yo estaba y entró tranquilamente en la conversación. "Me alegra mucho verte —le comenté—, porque creía que estabas brava conmigo". "Estaba —me dijo—. Pero ya no". ☺

lenteja express
Hamburguesería vegetariana.

CUANTAS VECES TE ALIMENTAS BIEN?

10% OFF

Presenta este cupón para un descuento en nuestro nuevo punto de venta en Envigado.

Domicilios
Envigado 596-8890

www.lentejaexpress.com.co

310-8454059

síguenos

DR. GUSTAVO AGUIRRE
OFTALMÓLOGO CIRUJANO U DE A.
CIRUGÍA CON LÁSER

Clínica SOMA
Calle 51 No. 45-93 • Tel: 513 84 63 - 576 84 00

Desabotona la camisa. Está de pie en medio de la pieza. Se lo toma sin prisa, como si tuviera todo el tiempo del mundo, sin importarle que ella esté echada en la cama, desnuda, esperándolo.

Es una leñadora de cuadros rojos y azules. Por la abertura del cuello se advierte una camiseta interior color verde, de cuello redondo. Zafa el último botón, libera un brazo, luego el otro, ya está. Con inesperada meticulosidad se sienta en el borde de la cama, coloca la camisa en el regazo, la acaricia con la mano y, todavía más inesperadamente, dice:

—Hoy hace exactamente un año, dos meses y un día que compré esta camisa. La compré en unos saldos. Nunca tuve una leñadora. En ese momento estaban de moda. Eso me inclinó a comprarla. El precio también, por supuesto. Me salió barata. Me la estrené ese mismo día. Me gusta estrenar. No por presunción, no crea. Si lo compras, pónelo. Es mi lema. ¿Para qué dar largas? El moho y la polilla laboran sin descanso. O puede llegar la Señorona del Garabato y serán otros quienes lo disfruten. Sí, es como dicen por ahí, “quien guarda comida, guarda pesares”. No soy discípulo de Epicuro, pero profeso un moderado hedonismo. Le confieso que soy un poco sensible. Descubro asociaciones estéticas en todo. No me pongo esta camisa sin evocar los bosques, los aserrios, la faena, el sudor. Y la evocación se hace tan vívida que yo mismo me siento bosque, aserrio, leñador. Y participo en la faena. Y sudo. Siendo esta camisa como una tierra de lucha y de amor, donde los hombres se apuran, aman y vierten al mundo la semilla de la vida.

Se lleva la camisa a la nariz. Aspira hondo, con los ojos cerrados. Así permanece unos instantes, mientras ella es la imagen misma del escándalo. Próxima a la histeria, su rostro es una mueca alterada por el asombro y la indignación. Los ojos parecen volados de las órbitas. El cabello parece erizado en *medusino* arrebato. Tiemblan los labios. Si el estupor la dejara articular palabra, su voz rompería en insultos. Él no se descomponen. Una mirada muy dulce basta para aplacar la furia de ella, para hacerla recostar, para estimularla a ser amable. Él podría ser su padre. Quizá por ese porte paternal es que ella asimila la autoridad del gesto.

—Bueno. Termine de desvestirse. Aunque ya me pagó, solo contamos con media hora. Fue el trato, ¿no?

—Sí. Está bien.

Vuelve a ponerse de pie. Se saca la camiseta verde. Pero debajo hay otra, blanca, de esqueleto. Se sienta de nuevo, acaricia la prenda, se ensimisma en su soliloquio:

—Guardo un grato recuerdo de esta camiseta. Me la confeccionó mi madre. Ella acababa de diplomarse en un curso de costura. Se preocupaba por mí. No le gustaba verme siempre con dos o tres trapos gastados. Me pidió que comprara la tela. Elegí este verde ciantrio porque el verde es, junto con el azul, mi color preferido. Fui al Centro.



Detrás del mono

por HERNANDO GONZÁLEZ

Ilustración: Camila López

Entré en un almacén de telas. Me atendió una empleada petisa, bastante amable. Mi madre me había explicado de antemano cuánta tela se requería. Salí contento con mi paquete, con el corte, como dice mi madre, imaginando cómo se transformaría dentro de poco, merced a los buenos oficios de mi progenitora, en una camiseta. Mi vieja. Qué de desvelos, de sacrificios, de pesares. Mi vieja. Se nota lo usada que está, ¿no es cierto? Hasta muestra lamparones brillosos, es verdad. Llevo años usándola. Y la seguiré usando, así el cuello se vea deslucido. Es un homenaje a mi madre. Nunca la uso si no es como prenda interior. La huelo y siento el olor de las manos de mi madre. Me conmueve. Me pone al borde de las lágrimas. Perdóneme mi sentimentalismo.

Con un canto de la camiseta se enjuga un par de lágrimas.

—Cálmese, señor. Si lo trastorna tanto hablar de estas cosas, ¿por qué no me cuenta otros asuntos?

—¿Le gusta escucharme?

—La verdad: sí.

—Disculpe. No quiero sexo.

—Tranquilo. Si no quiere...

—¿No quiero!

—Está bien. ¿Qué quiere?

—Desvestirme.

—¿Me pagó para que lo vea desvestirse?

—Así es. Y para que me escuche.

—Extraño antojo.

—¿Puede complacerme?

—Desde luego. Siempre que no excedamos el tiempo convenido.

—¿Y si aumento la tarifa?

—Ya es otro cuento. Usted sabe: el tiempo es oro.

—Bien. Sigamos. El blanco no es un color que me agrade mucho. ¡Ropas blancas! Imagínese uno vestido totalmente de blanco. ¡No! Se me antoja una vanidad indisciplinable. Una falta de modestia. El corazón humano es un lodazal. Hasta los santos chapotearon aguas infectas. Y todavía existen tipos tan campantes que se visten con trajes de un blanco immaculado. Cuando más podrían usarlo en la ropa interior, ¿no? Es lo que yo hago. Vea esta camisilla. Tan interior que la uso debajo de otra camiseta interior. ¿No le parecen sospechosos esos trajes blanquíssimos? Jesús dijo algo sobre los sepulcros blanqueados. Limpios por fuera, podre por dentro. A veces salgo a trotar. Tengo otras camisillas como esta, de colores diversos, que empleo para mis idas de atleta por las calles y las lomas del barrio. Esta nunca me la pongo para trotar. Nunca. Solo la uso como ahora. Está ajadita, ¿no? Me encariño con las cosas. Un día vine pateando varias cuerdas una tapa de gaseosa. Me había encariñado tanto con ella que al llegar a casa me dio pena dejarla, entonces la tomé y la guardé. Todavía la conservo en mi gaveta. A veces la pongo en la palma de la mano, la contemplo, le hablo. Sí, soy bastante sensible.

Se quitó la camisa y la tiró en la mesita de noche junto a las otras. Su torso quedó al descubierto.

—¿Y esa cicatriz? —preguntó la mujer, horrorizada. Temblando, se recogió contra la cabecera.

—Ojalá fuera una cicatriz. Es mi corazón. La llaga de mi corazón. Llaga viva, ¿lo ve? Llaga herbosa, candente.

No destila ni huele, pero quema. Es un ardor terrible, desesperante. Comenzó con un granito. Vea cómo se ha agrandado. Devoró la carne y abrió ese costado. Se estabilizó ahí. ¡Qué pozo! Vea la víscera incansable en su galope. El corazón, aguerido alazán. ¿Se extraña de que no sea tan rojo como lo muestran en las láminas? Es un rojo oscuro con inclinación al negro. Un rojo renegrido. Cavado corazón. Cuánto cansa. A veces siento como si grandes aves picudas me lo arrancaran a pedazos. Es un dolor que no parece de este mundo, un fuego lancinante. De continuo me ataca el loco impulso de lanzarme al vacío desde los edificios o los puentes, de que me claven una estaca en el pecho cegando por siempre este tormento, de correr como una bestia ciega y chocar contra una roca y perder el sentido y olvidarme de mí y de mi llaga. Pero no soy capaz de hacerlo. ¿Por qué? Por una razón muy sencilla: he aprendido a amar mi llaga. Qué trágica y dulce hermana. Mi llaga. Me acostumbré tanto a su hedor que ya no huele. Antes hedía. Ahora no. En ocasiones me sorprende con la inestimable dádiva de una fragancia de rosas o de helado de vainilla. Qué epifanía. Qué placer íntimo. Gracias a esta larga hermandad pudimos superar el hedor. Ahora falta vencer el dolor. Habrá que esperar mucho todavía. El dolor es una condición inalienable de la carne. Pero un día lo venceremos. Alcanzaremos el búdico estado de la serenidad. Dejaremos de ir dándonos topetazos contra la vida. Aprenderemos a vivir con nuestra llaga. La mía ya me llama “hermano”.[©]

Putita vida

por ROBINSON MENA MARTÍNEZ

Ilustración: Titania Mejía

A muchas personas en algún momento de la vida nos ha entrado curiosidad por saber qué se siente desempeñar un rol diferente al que realizamos a diario, en ocasiones, nos sentimos desgraciados con la vida que llevamos. ¿Cómo es posible que con tantas profesiones que hay a uno le haya tocado la más difícil, triste o desagradable?, pensamos. Por simple curiosidad me dirigí al sector de La Veracruz a preguntar por el diario vivir de las trabajadoras sexuales. No fue fácil obtener información. Ellas también ponen sus condiciones, no se dejan tomar fotos, no se dejan filmar y además hay que darles un incentivo económico, una chichigua o marmaja que llaman ellas, para que accedan a responder tus preguntas. Aquí todo es pagando. Es necesario ir varias veces para ganar confianza con ellas y que te respondan sin pelos en la lengua.

—Buenas tardes dama, hálame de ti, lo que puedas, luego te hago preguntas puntuales.

—Mi nombre es Marisol, soy trabajadora sexual de La Veracruz, mi rutina diaria es sencilla: me levanto a las cinco de la mañana, despacho a mi niña, la

llevo al colegio, entra a las 6:30, de ahí salgo, me subo para mi casa otra vez, hago mis oficios, y ya cuando termino mis quehaceres, me baño, me organizo y salgo aquí a trabajar a las diez de la mañana. Ya espero que llegue el cliente, me voy con él a la pieza, tenemos nuestra relación. Por lo general siempre se le cobran quince de pieza y veinte por el rato. Todos los días vengo acá, yo trabajo acá en La Veracruz, por acá por los lados de la Plaza Botero, al lado del Museo de Antioquia. Soy madre soltera, hace un año se murió mi esposo, le dio una embolia cerebral, por eso fue que me puse a trabajar en esto, porque no tengo recursos para sacar a mi hija adelante, mi hija es una niña que sufre de epilepsia, tiene catorce años, la tengo en un colegio privado, esto no me deja mucho, pero la idea es criar a mi hija bien, que estudie en un colegio bien, que ella se sienta bien y sea una niña mejor que yo.

—El ambiente que se maneja por aquí cómo es, a ustedes alguien las cuida, o cuando tienen problema con un cliente cómo hacen, quién las defiende?

—Cuando tenemos problemas con un cliente en la pieza, nosotras mismas tenemos que resolver el problema, o

muchas veces los de los hoteles nos ayudan, si es por acá en la calle, la policía nos colabora mucho, hay unos que nos estiman, como saben que somos muchachas que trabajamos esto nos cuidan.

—¿Ustedes manejan cuchillos?

—Sí, por lo general todas tenemos nuestras navajas, como le digo, por si llega el cliente a la pieza y nos agrede nosotras también tenemos que defendernos.

—Ustedes siempre hacen el amor con preservativo, eso creo, pero ¿les ha pasado que algún cliente les dice que les va a dar más plata de lo acordado para que lo hagan sin condón?

—Pues sí, no falta el que le diga a uno que sin preservativo, como también uno debe de ser sincero, muchas veces se le rompe a uno el condón, y uno qué tiene que hacer, pues ir a la casa, ponerse los óvulos y hacerse un lavado vaginal. Sí, por acá eso se ve mucho, también piden mucho, mucho culo ja, ja, ja, que mamada sin condón, que culo, y por lo general recatean mucho el precio porque uno siempre les pide veinticinco. Se ve uno tan mal, esto a veces se pone tan pesado, que hasta por quince va uno a la pieza y ya lo que uno fiche en el hotel, lo que le den a uno de propina.

—¿Ha llegado a suceder que ustedes se enamoren de un cliente o un cliente de ustedes?

—Sí, yo tengo dos, dos viejitos pensionados ja, ja, ja, dizque enamorados de mí, y sí, pa qué, me colaboran mucho, ellos son muy queridos.

—¿Ustedes tienen los mismos clientes siempre o eso varía?

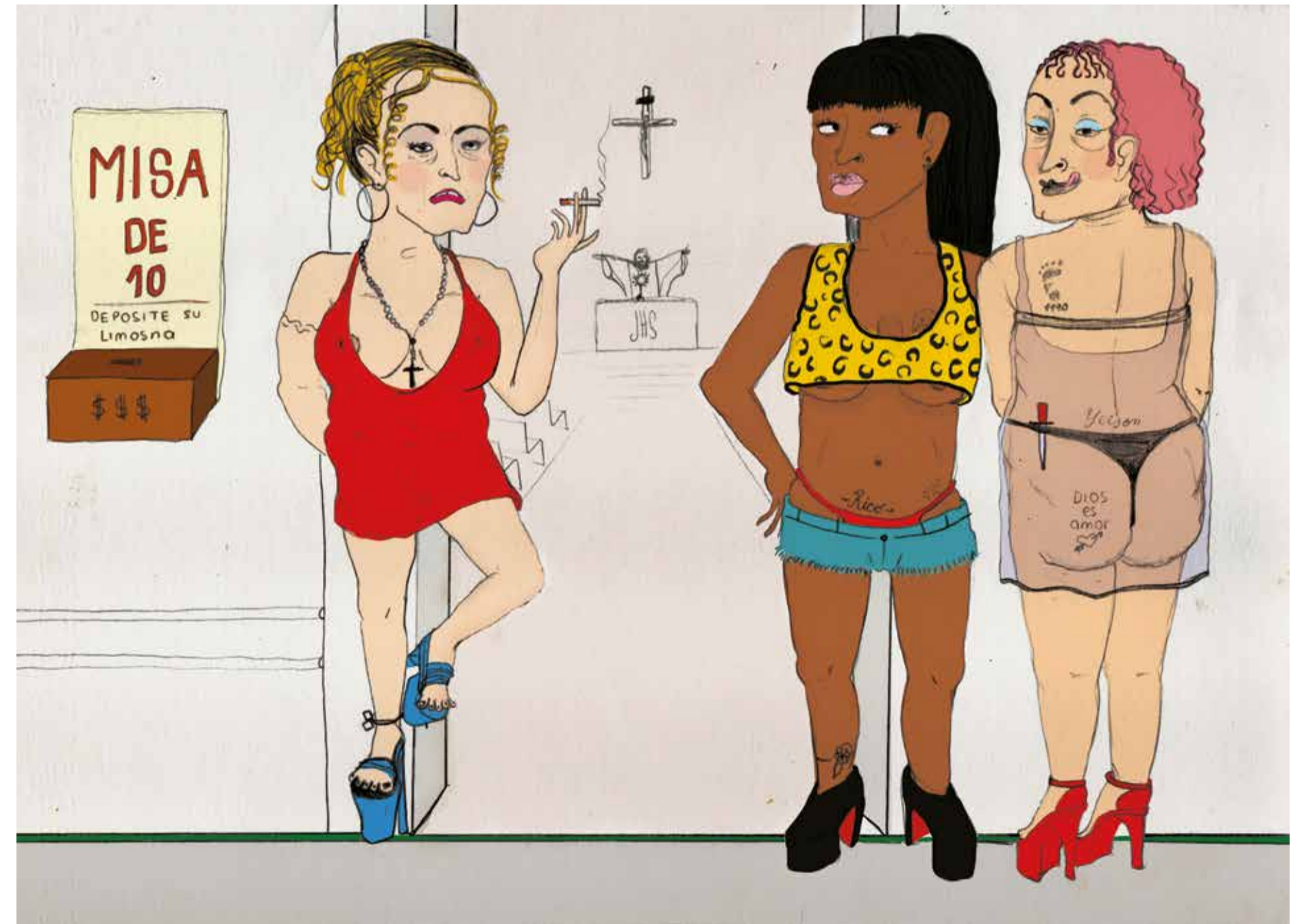
—Sí, uno aquí ya mueve su clientela y no falta el nuevecito que quiere probar y bueno prueba aquí, ya después lo ve uno con otra por ahí y así, el cliente si es de uno, viene para donde uno, puede ver la que vea, aunque no falta el que se le tuerza a uno.

—¿Consumen drogas?

—Sí, soy consumidora, yo consumo perico, muchas veces también salen los clientes con que uno tiene que consumir con ellos, un rato uno lo cobra a veinte, ¿sí o no? Entonces, por decir, viene un periquero y le dice a uno vamos pa la pieza, nos relajamos, yo pido dos gramos y así, y usted sabe que uno con una necesidad y una obligación bien grande, uno acepta, sí.

—¿Ustedes realizan este trabajo porque realmente les gusta?

—A mí realmente no me gusta, pero yo tengo que sacar mi hija adelante, yo



tengo que luchar por mi niña, a mí realmente no me gusta, como hay muchas mujeres que sí les puede gustar, pero a mí no, yo es por mi hija.

—¿Les ha resultado algún cliente que les proponga que se vayan a vivir?

—Sí, sí, más de uno, pero eso es pura hijueputa mierda ja, ja, ja, eso es como para que uno se los dé gratis, y no, ja, ja, ja, así resultan y ya después le dicen a uno volvámonos novicitos, esos novicitos son pa comer gratis y así no es.

—Hasta donde sé, ustedes necesitan que el cliente se venga rápido, ¿ustedes necesitan salir rápido de la pieza a esperar más clientes?

—¡Claro, acaso son los maridos de uno para que se pongan a voliarle a uno ja, ja, ja, qué pasa pues!, acaso es la tripa de uno, ellos son ahí encima y uno es pensando en los veinte mil ja, ja, ja.

—¿Hay peleas entre ustedes por los clientes?

—A uno le da rabia que una amiga sepa que uno tiene un clientecito bueno y cuando él viene y pregunta por uno, ellas se van con él sabiendo cómo son las vueltas. Sí, aquí se ve mucha rivalidad.

—¿Ustedes escogen los clientes o se van con cualquiera, supongamos que venga un viejito, le dicen que no?

—¿Cómo se le ocurre? Si los viejitos son los que sueltan. Depende también como le vea uno el vestuario, uno tampoco se va a tirar con cualquiera, los viejitos son los más llamativos porque son los que más dan. A ellos no se les para y dan la plata güevonamente ja, ja, ja, entre más viejo mejor.

—¿Trabajan todos los días?

—Todos los días, de domingo a domingo, en semana hasta las siete de la noche, yo los sábados trabajo hasta la una de la mañana y los domingos hasta las cinco de la tarde.

—¿Tus amigos y tu familia qué te dicen porque estás trabajando en esto?

—A uno sí le da pena, cuando pasan los conocidos del barrio a uno le da ganas de abrir un hueco y meterse en la tierra, sí, de verdad que a uno sí le da pena, pero toca dar cara y palante, aunque repito, da mucha pena, es un trabajo vergonzoso.

—¿Algún día les ha tocado irse de blanco, sin tener ninguna relación?

—Uff y mucho, pero no, al otro día con moral, vuelva y madrugue, qué pasa pues, si no fue ese día, será otro, y así. Cuando a uno le va bien guarda, ahorra, para tener comida en la casa el día que no se hizo nada.

—¿Tienen hoteles fijos?

—Sí, yo tengo tres hoteles, a veces vienen manes y le dicen a uno que para otro hotel, uno los detalla bien, no sea que lo vayan a matar a uno por allá.

—¿Les ha tocado abortar?

—No, ¡Dios mío! ¡Qué cosa más horrible! Además soy operada, y muchas planifican con pastillas, con inyecciones y así.

—A veces uno quiere desahogarse, por eso vine, lo que quiero es que ustedes se desahoguen, es una entrevista espontánea, donde me pueden decir lo que quieran, cuando no quieran más me dicen y lo dejamos, ¿tienen algo más para decir?

—Que qué hijueputa vida más aburridora ja, ja, ja, esto no es vida, lo hacemos por necesidad, ¿o a usted le parece muy bonito que todo el mundo le esté conociendo a uno la cuca?, eso no es así mijo, óigalo, lo hacemos porque no hay nada más, porque no tenemos estudios, porque no tenemos otras opciones laborales.

—¿Se han ido con clientes de un día para otro?

—Sí, una vez vino un gringo y me fui con el toda la noche, me dio doscientos mil pesos. También mira uno cómo ha estado el día, si ha habido movimiento, uno no se va; si ha estado frío sí, aunque uno la piensa dos veces, pero después se va uno, qué carajos, la necesidad lo obliga a uno.

—¿Se han ido con dos hombres a la vez, o alguno se ha ido con dos de ustedes también a la vez?

—Sí, pero nosotras no arepíamos, vamos si estamos entre nosotras, de resto no, o a veces vienen y nos pagan para que arepiemos mientras ellos nos ven, pero por lo general son manes que vienen tomados, entonces nosotras nos hacemos las güevonas como si estuviéramos arepiando pero no, nosotras no arepíamos.

—¿Les ha tocado robar a algún cliente?

—Sí, yo sí, a mí el que me da papaya mijo, salió.

—¿Cuál es el mejor sitio para trabajar la prostitución en Medellín?

—Nosotras siempre hemos experimentado acá, no hemos ido al Raudal ni a otros lados, no salimos de acá porque hay otras partes más peligrosas, usted sabe que cada quien cuida su zona, se va uno para otro lado y lo salen matando por güevón... ¡Oiga pero usted es muy curioso, muy preguntón, camine para la pieza para que experimente, camine ja, ja, ja! Allá le calmo la curiosidad.

—¿Ustedes hacen de todo, hacen todo lo que el cliente les pida?

—Nosotras no damos culo ni lo mamamos sin condón, al que le gusta bien, y al que no, pues no va uno y ya, los que vienen a pedir culo, los mandamos para Bolívar.

—¿Ustedes sienten o no, mejor dicho, ustedes tienen orgasmos o no?

—Hay veces mijo, hay veces, uno acaso está muerto, hay clientes que lo hacen venir a uno, desde que le volean bien, desde que se le menea bien a uno, ay mijo, avemaría, hay manes que lo hacen rico, pero no se les puede decir, porque terminan es cobrándole a uno ja, ja, ja... Bueno mijo, pase pues a ver la marmaja, aquí les habló, Gladis, Lina y Marisol, ja, ja, ja.

—¿Será posible que después de que mortal sobre la tierra haya leído esta entrevista siga renegando de su trabajo? No sé, ahí se las dejo, por aquí me quedo esperando el bus, esperando el bus. ☺



Por ti, Medellín, estamos ahí

mejorando la calidad en la prestación de nuestros servicios, para tu bienestar y un medio ambiente más limpio.

Ubicación
Centro de Medellín

Proyecto Centro Parrilla

Es un proyecto de EPM que busca **modernizar y reponer 40.7 km** de redes de acueducto y **34.6 km** de redes de alcantarillado del centro de la ciudad

951 empleos generados entre interventoría y contratistas

Inversión total del proyecto
COP 207.000 millones

Responsabilidad ambiental

Contribuirá al **saneamiento del río Medellín** y sus quebradas afluentes con la recolección de 107 descargas de aguas residuales

Impacto social

Recuperación y protección del patrimonio arqueológico e histórico de Medellín

EMBUTIDO ARTESANAL

itaca

GASTRONOMIA PERSONALIZADA

Encuétranos también en el Teatro Pablo Tobón

¿Quiere contactarnos para un proyecto web?

Diseñamos, desarrollamos, asesoramos, aconsejamos, participamos en conferencias o hacemos proyectos conjuntos.

...Y no descartamos un saludo, un café, un vino o unas cervezas!

contacto@cchete.net Cchete.net

En el Parque de los Deseos existe un planeta (Kaldi) y es delicioso ...

Almuerzo sano, natural en la sede del Planetario

Visítanos: Planetario de Medellín, entrada principal. Tel: 263 2511 / Repostería y panadería natural, cafés de origen.

Carlos E Restrepo / Tel: 260 1355 calle 53 # 64A 31

salar a trigo y aroma de café

El Túnel

Café y Cocina

Lunes - Sábado
12:00 m. a 10:00 p.m.
Cra 42 #54-62
Teléfono: 2396536

Así será el tramo 4A Fase 1, quebrada Doña María - Itagüí

Así será el Tramo 2A San Marcos - Centro de envigado

Estación Industriales - Medellín

Metroplús Más Cerca

Desarrollado por

Un proyecto de

vivir mejor

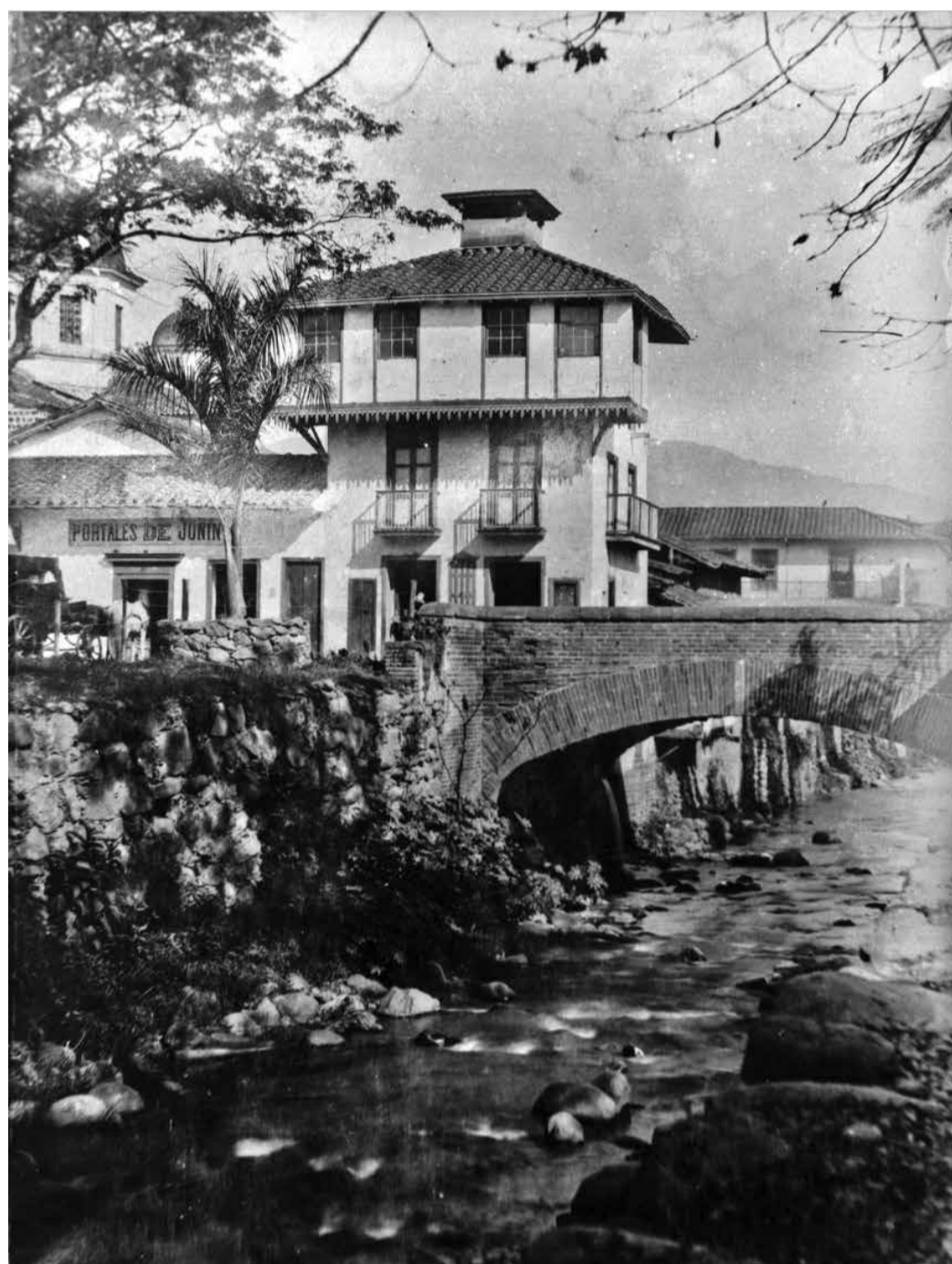
Alcaldía de Medellín

MINTRANSPORTE



Junín con La Playa

por ANAMARÍA BEDOYA BUILES



Puente Junín. Fotografía Rodríguez, 1900.

Debajo de esta calle, sepultado por una gruesa placa de concreto, hay un puente muy antiguo. “¿Acá? Yo no sabía esa historia”. Diseñado por el ingeniero belga Agustín Freidel, su construcción, a manos de avezados artesanos, tardó cuatro años (1866-1870), estructura de arco de medio punto, ladrillos macizos con argamasa de arena y cal, fue el último de muchos puentes que hubo en este cruce. Los anteriores, hechos de madera, no resistieron las crecidas de la torrencial quebrada, a la que los indios, nativos del valle, llamaron la quebrada de Aná.

A principios del siglo XIX, Nuestra Señora de la Villa de la Candelaria de Medellín era una pequeña colmena con pocas calles, abundantes árboles frutales, pájaros y extensos cañaverales donde reinaba, libre, la fauna. “¿Sí? Vea”. Y este lugar, que la incrédula mujer de espacio público supervisa desde hace un mes, no se llamaba Junín. El Resbalón, como data en viejos mapas, era un camino destapado de tierra colorada.

Y por la avenida corría cristalina la quebrada, en sus piedras las lavanderas estregaban los trapos de sus amos, barequeros revolían las aguas buscando granitos de oro y los bañistas, en días soleados, se extendían a broncearse sobre la arena menuda por la que la gente empezó a decirle La Playa.

Cada día, durante ocho horas, ella da vueltas por este sitio, la gorra y el chaleco gris la distinguen como figura de autoridad, que no a muchos simpatiza, tragando humo y escuchando la misma cantaleta: “Sim card de tiigocooomcel-viiiirginmovistaaar a la oorden”. “Crédito crédito crédito a pensionados sin cuota inicial”, “para la cédula para la libreta para el pase, le vale mil...”, para proteger la cédula a mil, lleve el libro de Vicky Dávila, *El secreto*”.

Más que seguir un protocolo de vigilancia, se desplaza como buscando sombra. “Tenemos que evitar que se metan las ciclas y las carretas porque esta es una vía que visitan mucho los extranjeros...”, le cuenta a una mujer de unos 28 años que carga una bebé y que, como ella, también quiere protegerse del sol al pie de la colosal estructura que unos paisas se inventaron como símbolo de “pujanza y progreso”.

En noviembre de 2015, al costado occidental de la carrera 49, entre las calles 51 y 52, y a 66 centímetros de profundidad, el grupo del Programa de Arqueología Preventiva, Proyecto Centro Parrilla EPM, halló, en este punto, el apocriteo del puente. “Aproche viene del francés *approcher* que significa aproximarse —explica el ingeniero y arqueólogo PhD, Pablo Aristizábal, director del grupo. Pablo es un tipo alto de pelo largo, ojos verdes, investigador incansable, flautista en las noches—. Es lo que conecta el puente con la calle, los amarres con la vía. Impresionante la mampostería, eran muy pulidos en esa época”.

No había otro camino. Forasteros, comerciantes, mineros, terratenientes, lavanderas, barequeros, artesanos, putas, indígenas o esclavos debían cruzar por aquí para ir o venir a la capital, Santa Fe de Antioquia, o al interior del país. La plaza, el Parque Berrío, era paso obligado para todos, especialmente para las cuadrillas de esclavos que subían hasta lo alto de las montañas desde donde nacía la Aná, a explotar los yacimientos de oro. Cuando Medellín fue designada como capital, muy pronto empezó a exportar el mineral, a ser centro de negocios y sede de los bancos.

El paisaje del valle, cuya abundancia impactó a los colonizadores, sufrió una transfiguración que comenzó alrededor de este cruce. Sus más humildes pobladores, que vivían en casas de tapia con techos de paja, empezarían a desplazarse a otros sitios, pues allí, en ese escenario, se instalaría la élite; arquitectos extranjeros diseñarían sus casonas, surgirían los primeros barrios: Quebrada Arriba, Quebrada Abajo, que serían, ante todo, la primera estratificación social.

En la esquina suroccidental la pila de mandarinas vale dos mil pesos. Una canción de plancha sale desde una radio puesta sobre una mesa de icopor

en la que se exhiben *dividís* piratas. La gente de a pie aguarda, cargada de paquetes, bolsos, paraguas, a que cambie el semáforo donde la avenida se vuelve sinuosa y toma otro nombre: Primero de Mayo. Hace un calor sofocante de mediodía. Los espejos que cubren el edificio de Ragged reflejan, fragmentadas, las nubes y las copas de los árboles.

Los primeros árboles sembrados en los márgenes de la quebrada, a mediados del siglo XIX, venían de bosques del Cauca y del suroeste antioqueño. Los nuevos habitantes, dueños de esas casas con porches, antejardines y ostentosas fachadas, empezaron a arborizar y a canalizar la quebrada con vallados de piedra. Ceibas, búcaros, gualandayes, palmas, carboneros le dieron ese aire de paseo urbano.

Tomás Carrasquilla, orador de las tertulias que se armaban en el Café La Bastilla, una casa de tapia donde empezó a venderse por primera vez el tinto en pocillo, y que en la tarde se convertía en tertuliadero (quedaba en la esquina suroccidental y daría el nombre a la callejuela treinta metros más arriba), dijo que estas eran las márgenes *fashionables* por las que paseaban a pie o en carroza “las gentes elegantes del cogollo” para exhibir su alta alcurnia.

El semáforo cambia a rojo. El vendedor de películas se levanta de la silla, estaba conversando con su vecino, un señor que ofrece tres pares de medias por cinco mil pesos, y le baja el volumen a la música. Le pregunta a la mujer cuál película le interesa mientras le hace mimos a la bebé, los ojos saltan de un título infantil a uno porno. El semáforo cambia, los peatones se lanzan a la calle como en una competencia.

Luis Fernando González, un hombre alto, ojos escrutadores oscuros, profesor de la Universidad Nacional, urbanista y arquitecto, explica que esa necesidad de expandir la ciudad hizo que Junín (El Resbalón) se prolongara para la futura construcción de la plaza (Bolívar). “Se ha dicho que la de Junín es la historia de Tyrell Moore (ciudadano londinense, promotor de la industrialización minera), quien donó las tierras para construir Villanueva y la plaza de Bolívar, donde posteriormente se haría la catedral, pero se ignora la historia de los invisibles. Normalmente

se dice que a los alrededores de la plaza vivía la élite. Eso no aparece en la historia oficial por no ser un modelo urbanístico, pero la verdad es que ya había gente habitando en esos lugares. Eran casas de obreros y artesanos, casas simples, de una puerta y si acaso una ventana. Tapieros, arrieros, enjalmadores, tabalarteros, sastres, colchoneros, cerrajeros... Lo que hace Tyrell Moore es ordenamiento de acuerdo a la concepción de la élite. Y esos antiguos habitantes comienzan a desplazarse hacia las laderas. Surge otra estética, otra relación con el espacio”.

Estética que se hace posible gracias al capricho de esa élite. Hijo de padres millonarios, Gonzalo Mejía nació para ser el “fabricante de sueños”. “Un rico loco”, comenta Fernando, un precursor de proyectos adelantados para una sociedad que tomaba sus decisiones camándula en mano, a quienes les arraba pensar en esos diabólicos aparatos volando sobre sus cabezas, que eran la pasión de Mejía. Trajo, desde Francia, el segundo automóvil que rodó por la ciudad, diseñó un deslizador subacuático para transportar pasajeros por el río Magdalena, fundó una de las primeras aerolíneas comerciales del mundo, planteó la necesidad de construir la carretera al mar y la autopista Medellín-Bogotá.

Soñó hacer de su ciudad natal una meca del cine, tenía treinta años cuando fundó la Compañía Cinematográfica de Antioquia, que introdujo en el país las primeras películas producidas en Hollywood. Y en 1924 inauguró en la esquina noroccidental del cruce, un edificio de arquitectura modernista al que le puso su nombre. Diseñado por el belga Agustín Goovaerts, al estilo del *art nouveau*, la corriente francesa del momento, albergaba, además de locales comerciales y salones de té, el Hotel Europa y el Teatro Junín, recinto que fue considerado uno de los cuatro teatros más grandes del mundo, tenía capacidad para más de cuatro mil personas.

Gonzalo Mejía no era un empresario, era un temerario vanguardista a quien los paisas verían en pantalla gigante debutando como el padre de quien en la vida real era su esposa en *Bajo el cielo antioqueño*, película muda considerada una de las más taquilleras en la historia del cine colombiano. “Compré la casa

de los Jaramillo, la tumbó y luego construí ese edificio. Fue un referente cultural muy importante. Acá llegó el tren y Medellín estuvo más cerca del mundo, ahí es donde viene el cuento de que es muy importante el turismo, un reglón de la economía, por lo cual la ciudad debería tener un hotel distinguido, un teatro”, dice.

“Además —continúa Fernando—, Junín se extendió hacia el sur, pues para llegar al hotel, los huéspedes, distinguidos políticos, músicos, bailarines y actores, debían recorrer una vía pavimentada y moderna. La Santa Elena, el puente y Junín se volvieron camino de ritualidad, pues hacia el otro lado ya estaba el Parque Bolívar y se estaba terminando la catedral”. A lo largo de ese camino, que desde el puente comunicaba con la iglesia, fue surgiendo un bulevar, se alzaron construcciones que siguieron una estética modernista y ecléctica; salones de té, un club privado, almacenes de telas, restaurantes, cafés, panadería, heladerías, joyerías...

El vendedor de películas, viejo de carnes secas, abandona a su clientela decidida. Los peatones llegan al otro lado, a esa calle peatonal, adoquinada, viva día y noche, y se internan por el pasaje atestado de locales comerciales y algunos restaurantes, que a esta hora se llenan de hambrientos oficinistas para quienes se inventó el almuerzo ejecutivo, y que ignoran que hace doscientos años esa calle, su calle cotidiana, era un pantanero donde había unas cuantas tiendas, cantinas y prostíbulos, donde se bailaba, según antiguos cronistas, una censurada lambada llamada El Resbalón.

“Junín era el centro comercial. Mi mamá me cuenta que a ella la llevaban a matiné al teatro, después la llevaban al Astor a tomar el algo y luego iban a misa a la Candelaria o a la Metropolitana”, cuenta Pablo Aristizábal. Pero con el tiempo, la callejuela se convirtió en el nicho de todos, escritores, periodistas, futbolistas, activistas políticos, artistas, bandoleros, poetas. En las vitrinas de sus almacenes se exhibieron los cuadros de los pintores del momento. Las mujeres desfilaban en tacones y vaporosos vestidos en búsqueda de nuevas telas, las colegialas inundaban

la vía con sus griticos mientras comían helado con candor provocativo.

A mediados del siglo XX nació el verbo juniniano. El cronista Jairo Osorio, quien de niño recorrió esa calleja con su gallada de amiguitos del barrio, buscando a las afueras de Versalles y del Hotel Metropol a las estrellas del fútbol, escribió años después: “Solo en el transcurso de la vida me enteré que Junín era así, truculento, y que detrás de la festiva arteria antioqueña se escondía algo más que el deseo de pasar inocentemente las horas del hastío, el sopor del ocio”. Y empezó a verse “una muchachada”, dice Osorio refiriéndose a los nadaístas, “estos jóvenes aparecieron en la ciudad cual si fueran expulsados por un enorme vientre putrefacto que no los soportaba más en sus intestinos”.

Parecía que Medellín tenía un gusto refinado, que iba legando un patrimonio, pero algo ocurrió en el guión de esa historia. Pablo cuenta que en esa época “las casas al borde de la Santa Elena tenían excusados y de ahí salía todo directamente a la quebrada. Un médico muy importante, Manuel Uribe Ángel, Manuelito, que era como el palabra para los wayú, dijo que lo mejor era tapar la quebrada. Y la taparon con unos cárcamos en concreto”.

A medida que el concreto la iba sepultando por tramos, empezaron a rodar por la nueva avenida rutas de buses y flotas de taxis. Entonces, los ricos abandonaron sus casonas, las vendieron a constructores atraídos por una ciudad que se posicionaba como la capital industrial de Colombia. Las tumbaron, casi todas, para erigir los primeros edificios de cuatro, seis, y cada vez más pisos.

A mediados del siglo empezó a gestarse una “arquitectura bancaria” racionalista y sobria, como el edificio Gran Colombia (o Bemogú), el de Fabricato y el de La Bastilla, que conservó el nombre del antiguo café, pero dispersó a las mesas de los intelectuales. En su lugar, hoy hay una de esas panaderías con meseros uniformados como enfermeros y una infaltable fritadora, en toda la entrada, donde nunca faltan los buñuelos.

La gente, sin ánimo de tertulia, toma tinto en vasos de icopor. La mujer y su bebé, atado a su cuerpo con un fular,



Edificio Gonzalo Mejía. Gabriel Carvajal Pérez, s.f.



Junín por La Playa. Jorge Obando, 1947



Junín con La Playa. Juan Fernando Ospina, 2016.



Procesión del Sagrado Corazón de Jesús. Francisco Mejía, 1937.

salen de la panadería. Su hija, que no debe tener ni un año, mira las reliquias en bronce que venden en un puesto callejero, la madre esquivo al hombre que le ofrece peluches a diez y quince mil pesos, y se detiene junto al viejo buzón azul, manchado con garabatos en aerosol, del correo antiguo, fabricado en Escocia hace más de cien años por Carron Company. Se agacha a mirar por la ranura frontal, estrecha y larga, donde se echaban las cartas. Está lleno de basura, bichos, mugre, telarañas.

 “¡Se vende la mejor esquina de Medellín! Es un negociazo”, asegura Luis Fernando que decían los medios. El edificio Gonzalo Mejía fue demolido en 1967. Cinco años después, en el mismo lugar se inauguró el Edificio Coltejer. La gente celebraba “el progreso”, en una extraña forma de una gigantesca aguja. Gonzalo Mejía ya estaba muerto, aunque, qué raro, el dueño del nuevo edificio, que se instaló soberbio señalando con dos banderas el cielo, fue su socio en la accidentada Compañía Colombiana de Navegación Aérea. “Los que se duelen por el derrumbamiento de ese edificio son las nuevas generaciones. En su momento lo que se dijo fue: bienvenido el progreso. La gente no tenía el concepto de patrimonio, qué le iba a doler a la gente eso. El Coltejer era el nuevo símbolo de la pujanza paisa, el nuevo paradigma”.

Tampoco duró mucho el esplendor de la bohemia que ocupaba Junín. Aunque en 1995 fue declarada calle peatonal, poco a poco los negocios que le dieron ese carácter de bulvar cerraron o migraron a otros parajes. Sobreviven el Astor, Versalles y Plata Martillada. A cambio, empezaron a fundarse centros comerciales. Se fue la élite, se fueron – murieron – varios de los centenarios árboles, cumpliéndose la profecía del sabio loco poeta de Yarumal que en la quebrada de Aná conoció a su esposa tras salvarla de las corrientes turbulentas.

 La mujer finalmente cruza la calle, mezclándose con el resto de peatones, poniéndose al ritmo de esa marcha acelerada. Se vuelve a encontrar con la mujer de chaleco y gorra gris que continúa la custodia bajo la sombra del Coltejer. Se saludan con una tibia sonrisa. La beba parece leer algo en la expresión azorada de su *mama*, que, fugada en sus pensamientos, no comprende lo que un hombre canoso y desgarrado le explica, ofreciéndole libros de autoayuda; lo oye mas no lo escucha: “Y si no lo quieres *colesionar* lo traes y te llevas otro, y te sale más barato y si tienen algo en la casa que ya no usas, lo traes a ver qué hacemos. A la orden madre”.

La madre sigue de largo sin saber que una cámara de vigilancia ha grabado todos sus movimientos, y le cuenta a su niña que hace 150 años en ese lugar había una ceiba de copas doradas y que un poeta llamado Epifanio escribió su historia en veintidós estrofas una noche de “luna redonda y clara”, y que en una de ellas profetizó la muerte: “A tierra vendrá tu tronco / falto de apoyo y savia / como el exánime cuerpo que cae al faltarle el alma”.

Continuarán su camino perdidas entre el tumulto, rechazando papelitos de brujos, ofertas de *piercings*, tatuajes y promesas de préstamos. Finalmente se toparán, en las bancas dispuestas a lo largo de la calle, con viejos que se protegen del sol con oscuros sombreros, y que sin prisa observan el afán de quienes pasan, señores que en su memoria guardan los detalles la historia del cruce de Junín con La Playa. ©

SALSA Y SABOR EN EL ESLABÓN PRENDIDO

Programación orquestas
 Diciembre 2016

Sábado 3
 La Charanga prendida

Martes 6 y 27
 La Chiquitimba

Miércoles 7
 Alber y su grupo (La charanga del monte)

Sábado 10
 David Jaramillo y su grupo (rock)

Martes 13 y 27
 Kaona

ATENDIDO POR SU PROPIETARIO

eslabonprendido@hotmail.com • Cel. 314 605 0340
 ClI 53 # 42-55 Medellín, Centro

La ciudad crece y se moderniza. El líquido dorado es tan nuestro que poco a poco la botella se vuelve la mejor compañía.

LA CORDILLERA

CARRERA JUNÍN

3 CORDILLERAS

EL EXCESO DE ALCOHOL ES PERJUDICIAL PARA LA SALUD
 PROHÍBASE EL EXPENDIO DE BEBIDAS EMBRIAGANTES A MENORES DE EDAD

Miedo a un velo

por SILVIA CÓRDOBA

Ilustración: Mónica Betancourt



La invitación de Facebook decía: “Este viernes, 28 de octubre, la fiesta de disfraces es en El Guanábano, con la inmejorable selección musical de *cross over* decente de Juan Fernando ‘el Flaco’ Trujillo”. No me he disfrazado más de tres veces en mi vida adulta, pero definitivamente tenía que ir a esta fiesta.

Busqué en mi clóset y encontré un trapo naranjado, tenía entre mi ropa una batola bordada de la India, blanca de manga larga, un pantalón ancho de arabescos de colores y unas sandalias. Ahí estaba mi disfraz: iba a ser una mujer árabe. Busqué algo que me escondiera el pelo y empecé de manera intuitiva a ponerme el pañolón como yo creía que debía ser. Me enredé el trapo en la cabeza de diferentes formas, pero solo cuando me amarré un gancho de nodriza que me apretara el cuello, me tapara todo el pelo y no dejara al descubierto sino el óvalo de la cara, pude por fin tener el aspecto que quería. Me puse feliz porque finalmente encontré una manera de esconder la papada. Después de lo superficial, me quedé un rato en el espejo, mirando mi cara enmarcada y pensando en lo que significa para nosotras, las mujeres de Occidente, un velo en la cabeza.

Este año tuve la fortuna de viajar a Asia. Cuando compré el pasaje pensé en que la escala fuera en el lugar más exótico posible, podía elegir entre Corea y Catar. Decidí parar una noche en tierras árabes, tanto de ida como de regreso. Esas dieciocho horas que pasé en el aeropuerto internacional de uno de los países más ricos, están sin duda, entre las más sorprendentes de mi vida. Había gente del mundo entero esperando un cambio de avión que conectara a Oriente con Occidente, se podía percibir a Catar como el corazón de la cultura árabe. La imagen del hombre alto y estilizado, completamente vestido de blanco, caminando siempre adelante de su mujer cubierta con un manto negro y con solo los ojos visibles a través de una malla, como una sombra, generaba una sensación que chocaba con todo mi ser, y que reforzaba todos los clichés que traía en mi cabecita paisa. Más adelante, en ese mismo

viaje, esta idea cambió radicalmente cuando tuve la posibilidad de acercarme a una chica, Sam Rohmas, mi alumna estrella durante los tres meses que estuve dando clases en Camboya; una mujer alegre, sumamente inteligente, muy sensible y que se vestía con vistosos colores, sin embargo, nunca supe cómo eran su cuello y su pelo porque estuvieron siempre cubiertos.

El viernes por la tarde me fui con Sandra, una amiga, a disfrazarnos en su casa. La idea era irnos vestidas, trabajar un rato en el “antro de redacción” de *Universo Centro*, que está en el segundo piso del Guanábano, y luego seguir con la fiesta. Ella iba a ser la chica *We can do it*, ese cartel norteamericano de la segunda guerra mundial con la foto de una mujer trabajadora, que en los años ochenta se convirtió en la imagen del feminismo. En su casa miré un video de YouTube donde explicaban cómo amarrar el velo. Seguí las instrucciones y me maquillé los ojos y la boca. A la hora de salir, decidí que no quería caminar vestida así por el Centro de Medellín las cinco cuadras que me separaban del Parque del Periodista, entonces me quité el velo. Cuando llegué a la oficina nada indicaba que ya estaba disfrazada.

Trabajamos veinte minutos, pero me ganaron las ganas de farra y me amarré

el velo según las recientes instrucciones. Aparecí por primera vez en el bar, que a esa hora tenía solo un par de mesas ocupadas por visitantes poco habituales que no sabían que había fiesta de Halloween, y caminé entre la gente. Inmediatamente sentí las miradas sobre mí, como un sutil cosquilleo en el cuello y la espalda; así se debe sentir el famoso rayo homosexualizador cuando toca tu cuerpo, pensé. Era inevitable. Algunos me miraron fijamente y sorprendidos, otros volteaban la cabeza para observarme por el raballo del ojo y un amigo que no me reconoció, me saludó con reverencia y respeto. Me senté en la barra, me tomé un trago, volví a caminar y empecé a conversar con todo el mundo.

Pasado el primer impacto el lenguaje hizo lo suyo, fluyeron los juegos de palabras y empezamos a hacer un diccionario básico: “Hoy le jala a la baretta”, fue la frase más popular, después me bautizaron Malala, en honor a la chica del Nobel, pero con las horas, ese respeto se desfiguró y me empezaron a decir Mamala, y junto a la chica *We can do it*, se hacía referencia a la chica *She can't do it*. Cuando anunciaron que habría un concurso, alguien dijo que yo tenía que ganar, porque si no podría inmolarme allá mismo; me preguntaron a qué hora activaba el chaleco, cuestionaron dónde

estaba mi esposo, dijeron que era de Isis, anunciaron que más tarde vendría la lapidación, y que esa noche yo podría cantar todas las canciones menos *I am free*. En este momento entendí que más que una fiesta de disfraces, esto era un experimento social, ya había decidido que no iba a consumir licor porque quería tener la mayoría de mis sentidos puestos en lo que me traería esa noche.

Subí a la oficina, me senté en silencio un rato y empecé a hablar con los dioses, ¿seré una hereje? Me confundí. Pensé en quitarme el velo pero el trompo de mi cabeza siguió girando con preguntas y respuestas. ¿Qué me molesta de todo esto? Nadie se ofende por un disfraz de hawaiana, de negra o de monja, aunque se haga una mueca de una cultura, una raza o una religión. En todo caso le pedí perdón al universo por si yo estaba insultando a alguien, ¿a quién? Bajé de nuevo y el bar ya estaba lleno, estaban Homero Simpson, Mariana Pajón, Chuqui, una garota sexi, los faraones egipcios, una muñeca pobre a la que bautizamos Barbie mariguana y hasta la mismísima la muerte después de una autopsia. Estaba completamente empelucada; me di cuenta de que mi cuerpo había tomado una actitud diferente, mis manos estaban juntas y mis hombros más retraídos.

Me senté con un vaso de agua en la mesa junto a la puerta con la chica *We can do it* y la Barbie mariguana, pero todos en el parque me miraban solo a mí, como si lo mío no fuera un disfraz. En algún momento, una mujer a la que no conocía tocó mi hombro y me miró con lástima. No bailé en toda la noche, fue como si el peso del velo no me dejara. Pensaba en Sam Rohmas y en las celebraciones en Camboya donde todos bailaban menos ella. Me imaginé cómo sería sacarla de su contexto rural, una aldea arrocerera al sur de la Indochina, y traerla al Parque del Periodista un viernes por la noche. Me imaginé que todo fuera real y que mi verdadera yo se cubriera el pelo con un velo en una ciudad como Medellín, en los chistes que salían por todos lados con la tranquilidad de saber que lo mío era un disfraz, pero que finalmente son manifestación de la ignorancia y el racismo que habita este valle, de esa lectura que tenemos desde aquí de lo que creemos que es allá. Llegué a una conclusión muy simple: le tenemos miedo a un velo.

Salí del bar a acompañar a los fumadores y en medio de la conversación un hombre caminó con fuerza directo hacia mí. Mis amigos lo pararon pero él no podía dejar de mirarme. El alcohol en su cabeza no lo dejaba encontrar la palabra que luchaba por salir, yo retrocedí, no sabía si quería abrazarme o golpearme, si esa palabra atrancada era un insulto o un piropo. Entré al bar. Tenía miedo, el mismo miedo que debe sentir cualquier mujer que usa velo en el mundo occidental. ¿Cómo será caminar vestida así en el aeropuerto de Nueva York o en un supermercado en París? Siempre había creído que ser colombiana en un cubículo de inmigración era una de las peores situaciones del mundo, ya estoy segura de que no.

Cuando viajo me gusta visitar a los diferentes dioses. Para mí es tan sagrado hacer un ritual de limpieza con un taita en el Putumayo como recibir la bendición de un monje budista, arrodillarme en silencio en una mezquita, meditar frente Ganesha o comulgar con mi familia católica. Aunque soy rezandera siempre he sido una mujer transgresora. No es casual que mis fiestas sean en el Parque del Periodista, el mismísimo infierno para los seguidores de Ordoñez. Un lugar que me fascina porque todo está permitido, donde bailan en la mitad de la calle una transexual con un rapero; donde convergen profesionales, jibaras y limosneros en la misma conversación, pero donde, sorprendentemente, y a pesar de esta apertura, se mira con disimulo a una mujer vestida con un velo.

Justo antes de que empezara la premiación me volví a aventurar a salir la calle y se me acercó un chico. Era joven y hermoso, de piel oscura, tenía una gorra y una botella con lo que quedaba de un litro de cerveza; me ofreció su mano y me dijo:

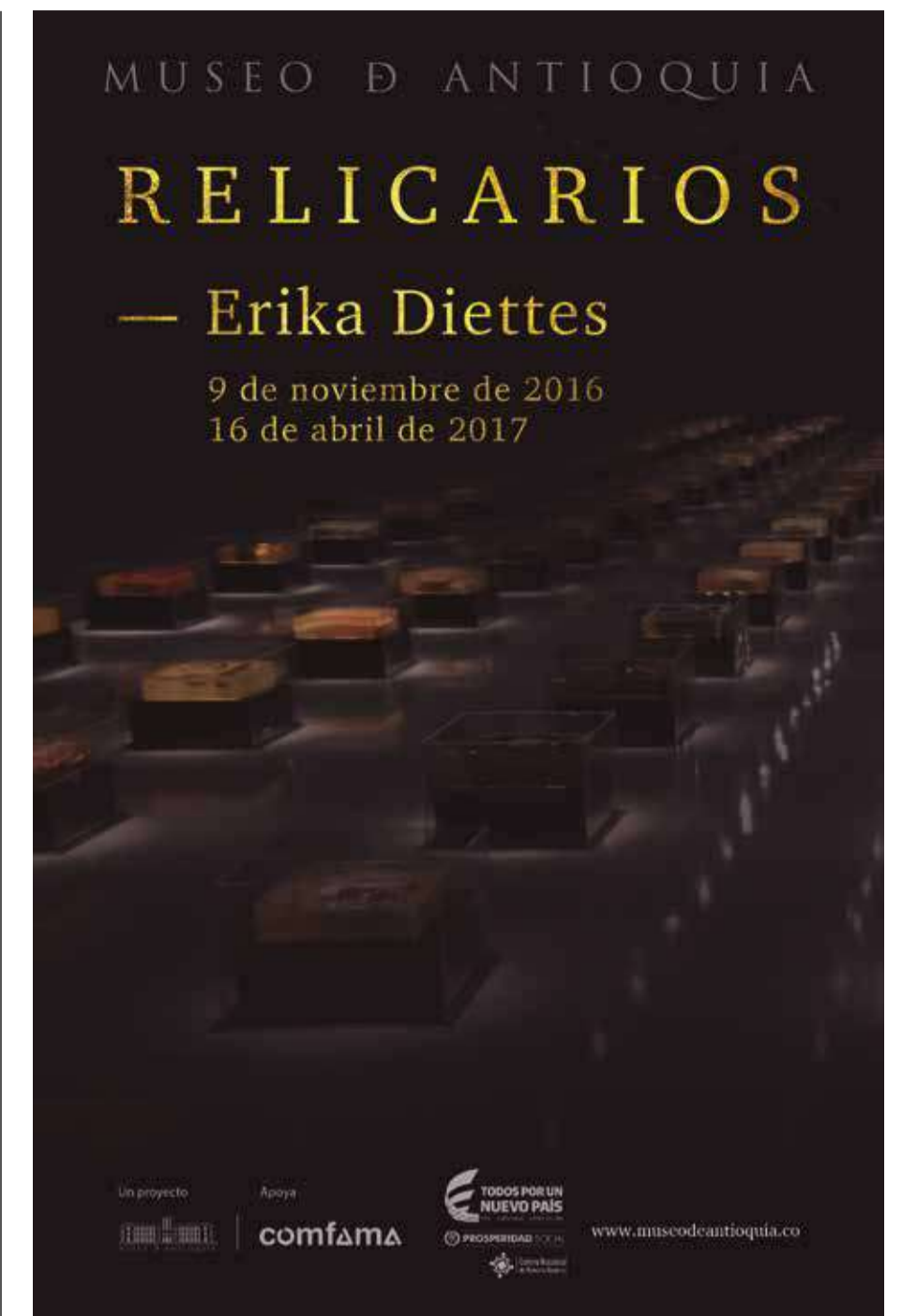
—¿Usted es musulmana?
—¿Por qué?
—Pues por el velo...
—También podría ser de la India —le dije ya medio harta de tanta atención.
—Hindú —me corrigió, haciendo una clara referencia religiosa.
—Es que hoy es la fiesta de disfraces en El Guanábano y me vestí de mujer oriental.
—No parece un disfraz —me dijo.
—¿Y qué pasaría si no fuera un disfraz? —le respondí retadora.

El chico sacó su celular y me mostró una foto: había cinco personas vestidas en tonos de blancos, cafés y cremas, con velos de sedas muy elegantes, todos hermosos y sonrientes, parados al frente de una mezquita.

—Esta es mi familia —me dijo.
—¿Y dónde están?
—En Yemen.

Ahora sí me llevó el diablo, fue lo primero que pensé. La única persona en Medellín que realmente podría ofenderse con mi disfraz me encontró. Me di cuenta de que pensé de él lo mismo que habían pensado los otros de mí. Disimulé. Dejé salir a mi periodista y empezamos a conversar, me mostró un video de una oración en una mezquita a la que hace poco había ido en Chicago, me contó de la comunidad en Medellín, cuántos eran y dónde se reunían, hablaba con amor de su cultura, de su madre colombiana y de su familia yemení. Se había acercado a mí porque creyó encontrar, en el Parque del Periodista, a alguien que compartiera lo más profundo de su ser y de su cultura; mi disfraz era tan bueno que parecía real, pero yo no lo era. No supe qué decir. Me sentí como una idiota. Él tuvo compasión y se fue rápido.

Después de la premiación me quité el velo y me lo amarré como una bufanda. Ya no estaba disfrazada y otra vez sentí que podía bailar, y beber, y en silencio le ofrecí el resto de la fiesta al dios Baco, en nombre de todas las mujeres que nunca podrían estar allí. *Chol mui* —hasta el fondo, así se brinda en Camboya—. Por tu eterna salud, Sam Rohmas. ©



Clases Personalizadas de Inglés y Español

PERSONALISED SPANISH & ENGLISH CLASSES

Traducciones del Inglés al Español y del Español al Inglés.
Translations from English to Spanish and from Spanish to English.
Visitas guiadas en Medellín y sus alrededores.
Guided tours in Medellín and its surrounding towns.

Luz Piedad Gonzalez

321.888.2506 • luzpgonzalez@gmail.com

Profesora Licenciada UPB



SIN HINCHADA, PERO CON HINCHAS



por SANTIAGO HERNÁNDEZ HENAO

Fotografías: Juan Fernando Ospina

Arturo, Iván y Alfonso son los primeros en entrar, los últimos en irse, de los pocos en no faltar. “Este es nuestro plan de todos los fines de semana, nuestro lugar para reunirnos, ver fútbol, estar en familia”. Un par de escalas más abajo, Diego, Juan Camilo y Javier tienen un ritual diferente: llegan sobre la hora, despliegan una bandera, aplauden, gritan mucho y se rien a carcajadas. “Es nuestra forma de vivir el partido: ir, ver fútbol, ver a figuras, pero divertirnos. No sufrimos, o no tanto como otros hinchas”. Esa es la tribuna de Envigado.

En el Parque Estadio Sur no hay barrabrava. No hay hinchas locales exaltados pidiendo otra vuelta olímpica, tampoco rabiosos que creen que la hinchada suda más la camiseta. Nada, ni siquiera visitantes rabiosos porque no pueden ir con sus colores. A lo sumo hay unas mil personas, gente de edades extremas, y algo que se ha perdido en las tribunas: familias.

Iván Guarín tiene 76 años y varios problemas en el corazón. Pero ninguno por el equipo. Es el mayor de los tres veteranos que se hacen en la parte alta de la tribuna, donde no pasan vendedores por el frente, y donde el muro de las cabinas sirve para descansar la ajetreada espalda. “Vengo hace veinticinco años y ya hace parte de mi rutina. Antes iba al Atanasio Girardot a ver a Nacional, pero cuando subió el equipo a primera división, empecé a venir al Polideportivo”. Con un saco que lleva para no enfermarse y que tapa el naranja fluorescente, Iván busca la compañía de un hijo o un nieto. Con sus lentos pasos siempre es uno de los primeros en

llegar a un estadio que casi nunca tiene filas. Allí se encuentra con dos amigos de fútbol, Arturo Escobar y Alfonso Pineda, un par de cuñados que comparten su plan de fin de semana.

Arturo recuerda los días del ascenso a la primera, así como el descenso en 2005 y el nuevo título de 2006. También las decenas de noches con apenas un centenar de personas en las tribunas, muchas de ellas acompañadas por derrotas o juegos muy pobres. “Pero nunca ha sido nuestra idea venir a ver campeones. Es algo que hicimos parte de nuestra vida, venir a ver fútbol con tranquilidad, sin peleas. Las tanquetas de la policía las traen de adorno”.

Arturo fue quien llevó a Alfonso, el más nuevo de la barra (barra como grupo, no como hinchada). Ellos comparten la edad, 75 años, y la familia. Alfonso Pineda lleva un lustro viendo al Envigado. Comenzó tras su regreso al país, luego de vivir 48 años en Estados Unidos. Pero su esposa murió, y cuando nada lo ataba al frío de Boston, volvió a la tierra, a la casa de su cuñado Arturo, y de ahí al Poli. “Allá no veía mucho fútbol, y si pasaban algo en un restaurante, era de Nacional o Medellín. Esto de Envigado es un gusto adquirido”. El trío refleja la tranquilidad de una tribuna en la que no se corretea a un rival como si fuera una avanzada de guerra. “Es un plan de fútbol”.

Una pasión traidora

“¿De Envigado? ¿Es en serio?”. La doble pregunta es una constante en las vidas de Diego Sandoval, Javier Parra y Juan Camilo Paniagua, integrantes de los que se acercan a una barra: Pasión Naranja.

Ellos son la cara visible de la hinchada. Son aquellos que se hacen en el centro de la tribuna, unas seis filas más abajo de Iván, Arturo y Alfonso. Ante cualquier fallo del árbitro o el rival, se levantan a insultar, gritan como desahogados. “Todo comenzó en 2000, pero solo hasta 2005, antes del descenso, vinimos a organizarnos. Llegamos a ser sesenta, con carné y entrada de cuenta del club, pero la gente fue creciendo, se fueron casando o yendo del país. Hoy somos quince, y no todos vamos”, sostiene Juan Camilo, uno de los pelaos de camiseta vieja y garganta rota, que ha llegado a corretear a un árbitro para tucharlo de pícaro y a ser apercollado por un jugador después de un insulto desde la tribuna. Una rareza en el Poli.

Ellos viven una pasión traidora. En la casa Sandoval, el verde no fue tan fuerte como la naranja del vecino. “Aunque en mi familia la mayoría era hincha de Nacional, nunca sentí esa fiebre. Y en 1995 vivía junto a Antonio Roa, defensa del Envigado de esa época, y él me invitó por primera vez al estadio. Me entraron por un ladito, sin boleta, y aunque me demoré en volver, me quedó el cariño. Comencé a ir sin falta un par de años después, cuando la ciudad empezó a dividirse entre las barras rojas y verdes”. Al estadio fue, sin pausa, hasta que su trabajo como periodista lo alejó por sus horarios. “Antes iba hasta los entrenamientos, pero ahora es más complicado”.

Paniagua llegó a tener un uniforme del DIM, equipo del papá y del abuelo, gracias a una Navidad de 1991. Pero ni así lo alejaron del Parque Estadio. “Lo mío fue más una rebeldía que se convirtió en amor. A finales de los noventa

todos los pelaos de mi edad empezaron a dividirse entre rojos y verdes, pero cuando me fui a vivir a Envigado, empecé a ir al estadio, y me hice hincha”.

El caso de Javier es más complejo, pues traicionó al béisbol. Nació en Venezuela y llegó a Envigado para estudiar en la universidad. Fanático de los Tigres de Aragua en béisbol, y jugador de selecciones de baloncesto, terminó en el Polideportivo Sur por casualidad. “Como jugaba en el equipo de básquet de Envigado, nos invitaban a ver fútbol. No me gustaba, pero con el tiempo le fui tomando cariño, a tal punto de no perderme un solo partido”. Hoy va a la tribuna con su gorra de los Tigres, pero sabe que la pecaosa le ganó a la pelota caliente, y que Envigado es su casa: “Jamás pensé en ser hincha de otro que no fuera el naranja”.

Mientras muchos se jactan de sus viajes por Sudamérica o de excursiones eternas a Japón, la Pasión Naranja saca pecho con su viaje al ascenso de 2007 frente al ya desaparecido Academia. Fueron tres buses a Bogotá, uno con la barra, otro con familiares y otro con gente que no se sabe de dónde salió. Para Sandoval, “fue uno de los momentos más lindos del Envigado”.

Caras conocidas

El Oso no habla, solo sonríe. Con sus ojos medio apagados trata de no perderse un segundo del partido. Sus amigos cuentan que se llama Fabio Alberto Escobar, que es vendedor ambulante de esos que sale con un pingüino gigante a la calle, pero que el club le regala la entrada hace muchos años. Poco sale de su boca, solo uno que otro

esporádico grito de gol. Todo lo contrario al Gustavo Monsalve, el Embalador, vendedor de “tortitas de queso y bocadillo, contra la droga y el cigarrillo”. Gustavo lleva diecisiete años en las tribunas del Poli, vendiendo sus ollas de embaladoras a los que van a su estadio. “Con Envigado vendo poco, porque si quiero hacer negocio tiene que ser con Nacional y Medellín, ahí sí se mueve esto”.

El Oso y el Embalador hacen parte de esa amorfa tribuna naranja. No hay trapos, menos bombos y trompetas. Se mezclan entre los niños de la escuela de fútbol, los jugadores juveniles del club, los profesionales que no fueron convocados al partido de turno. A su costado se ven los pintorescos “gringos”, un grupo de ingleses, sudafricanos y estadounidenses, que llegan con sus pelos rubios y barbas largas. “Es ambiente diferente, muy familiar, tranquilo”, dice Simon Edwards, uno de los integrantes del AFC Envigado, quien junto a Ollie Lythe, un inglés que tiene tatuado al Chelsea en su cuello, llevaron su pasión al punto de crear un equipo *amateur* de extranjeros, con el que juegan partidos de barriada en Medellín defendiendo el color naranja.

A la pequeña tribuna de once mil espectadores ha llegado una docena de barras que

duran menos de un semestre. Cada nuevo patrocinador (cuando había) llevaba a sus empleados, los dotaba con camisetas, les daba una pancarta. Al primer partido iban doscientos, luego cien, y a la mitad de semestre solo quedaba la pancarta. También chicos que entran tratando de simular la barra brava de los equipos grandes, pero que pierden el impulso ante el primer fracaso. Los datos de taquilla no se dan a conocer, la asistencia llega como parte de cortesías entregadas por el club y la alcaldía. De taquillas no viven, y nunca lo podrán hacer. Se vive del fútbol y sus transferencias.

Para encontrar las tribunas llenas hay que irse a los periódicos de noviembre de 1991, cuando Envigado logró el primer ascenso en la historia del fútbol colombiano. Un partido ante Alianza Llanos, un 1-0 (gol de Luis Alfonso Hoyos), y unas tribunas repletas. “No somos un equipo de hinchada, ni en ese ascenso ni ahora, pero sí tenemos hinchas. Tenemos familias, gente del municipio, aficionados de otros equipos. Aprendimos a vivir así”, explica Hugo Tuberquia, quien defendió el arco naranja ese 30 de noviembre y hoy prepara los arqueros del club. Más de una década dándole la cara a la tribuna, “y no ha pasado nada, esto es muy tranquilo para el jugador”.

El encantamiento del hincha ha sido imposible. Hablar de la cantera de héroes, de los comienzos de James Rodríguez, de la magia del ídolo Néider Morantes, no ha sido suficiente para atrapar. Los logros de Envigado se limitan a anécdotas de cafetería, lejos de las 26 copas de Nacional o las cuatro finales de Libertadores de América. Ni siquiera un título de goleador, o una final perdida generan empatía colectiva.

No obstante, el equipo sobrevive gracias a su cantera, a su estilo repleto de juveniles, y a que en esa proliferación de equipos de papel, Envigado llega a ser casi un “tradicional”. Su capitán de los últimos años, Andrés Orozco, quien ya supo estar de verde y de rojo, y vivió los gritos de la Guardia Imperial de Racing, y la Guardia Popular del Inter de Porto Alegre, hoy vive los años tranquilos de la tribuna naranja. “Envigado es un estadio para familias. Para reencontrarse con esa alegría de ir a una tribuna. Como debe ser todo el fútbol, con amor por el juego. Acá tenemos hinchas, no hinchada”. ©

Este texto hace parte del convenio entre la Subsecretaría de Ciudadanía Cultural de Medellín y la Fundación Taller de Letras en cooperación con *Universo Centro* para la construcción de la memoria del fútbol en la ciudad.



Fantasma de Mompox

por ANTONIO GARCÍA ÁNGEL

Fotografías por el autor



caerse: "Ajá, nadie se había dado cuenta y yo vi. Dije 'el pie de este soldado está roto y se puede caer'. Y ahí tienes la respuesta: se cayó. No me creyeron, ahí tienen", dice con orgullo. A Fidel le contaron que hay fantasmas porque los españoles mataban a los negros y eso hacía que quedara por ahí su espíritu. "Por eso, por los españoles, hay muchas cosas extrañas aquí". Sabe con certeza, además, el lugar donde suele aparecer uno de ellos: "Hay un rincón, y ahí sale una niña con un canastico. Eso me lo contó mi abuela, que sale una niña con un canastico en un rincón ahí, y un señor la vio y no la llevó porque ella iba pa arriba y él cogía pa abajo. Iba manejando y sentía que la bicicleta ya iba pesada. Y cuando vio pal suelo estaba la niña, los pies de ella se arrastraban por el piso. El señor se dio cuenta que la llevaba y cayó privadito, privadito. Y la niña desapareció, porque eso aparece a las doce de la noche. Yo a esa hora estoy dormido. O no tan dormido porque el Jueves Santo yo voy a salir a la Semana Santa. Eso llega como a la una, a los dos... Todos los años le puede aparecer a alguno. Ahora en Semana Santa sí que aparecen cosas extrañas".

El lugar de la aparición está muy cerca de su casa, junto a un teatro abandonado de paredes curtidadas. Es una esquina de paredes blancas descascaradas, con una reja de metal cerrada que da a un interior sombrío y desocupado, sobre la cual pende un farolito eléctrico apagado. La historia le da a ese rincón un aire tétrico aunque sea mediodía y el sol inunde hasta el último resquicio.

El Santísimo Cristo

No son días buenos para Doris Martínez Valet. Por más de treinta años su hermana Maruja y ella se han encargado de arreglar las imágenes de San Juan, la Verónica y la Magdalena, más conocidas como el Triduo de La Dolorosa y popularmente como el "tres en uno", pero una confabulación silenciosa entre los diferentes miembros de los comités encargados de la Semana Santa las acaba de despojar de dicho privilegio. Nadie les ha informado con claridad y todos se pasan la papa caliente. Ni siquiera los sacerdotes de las diferentes parroquias les han querido explicar los motivos. "Yo lo recibí todo en amor a Dios. Amo mucho a Dios. Pero me duele en el sentido de que así no se hace. Nosotras hemos venido trabajando desde hace muchos años. Si fuera ayer, bueno, qué caramba. Pero es la forma de cómo lo ultrajan a uno. Hasta la presente no sé nada. Estamos como los reos que van a matar y no saben por qué. A Jesús lo mataron y él no sabía por qué lo iban a matar...". Doris ha pasado la mañana yendo de casa en casa, expresando su desconcierto a unos y a otros, sumando pocas y tímidas adhesiones a su causa, diciendo que es una falta de respeto y que ellas no se van a quedar cruzadas de brazos. Pero el Triduo ya fue arreglado por otras personas y reposa en la iglesia de San Agustín, con una ornamentación insípida que ahonda las heridas de Doris.

Sale de la iglesia hacia su casa para rumiar en soledad la derrota. Camina por la Albarrada buscando la sombra de los árboles. El río Magdalena parece inmóvil bajo un cielo de un azul muy pálido. Se detiene y encuentra el sosiego necesario



Doris y Maruja Martínez Valet.

para contar su versión de otra leyenda momposina de ultratumba: "Aquí en esta casa de la esquina aparecieron tres cajas de los tres cristos", señala con insistencia, como si hubiera que mirarla rápido antes de que se fuera a evaporar. "En esa casa donde dice El Palomar, ahí llegaron tres señores buscando dónde alojarse porque iban a trabajar acá, y alquilaron ese apartamentico ahí. Y la gente escuchaba clavetear y clavetear. Los tipos estaban trabajando ahí adentro y decían que la comida se las pasaran por debajo de la puerta, donde había una rendija. Y pasó un mes y el dueño quería la plata del arriendo, pero no contestaban, y fueron a abrir y encontraron tres ataúdes que tenían tres cristos tallados en madera. Y de los señores no se supo nunca nada. Desaparecieron. Pareciera que cada uno se convirtió en un cristo. Y dejaron uno de esos acá en Mompox, que está allá en la iglesia de San Agustín, y los otros dos se los llevaron para otros lados, no sé pa dónde". Es la leyenda del Santísimo Cristo de Mompox, que todos se saben con diferentes variaciones y cuya prueba fehaciente es el crucifijo que ahora corona el altar de la iglesia de San Agustín, y que concede milagros cuando se le reza en Semana Santa.

El Nazareno del otro mundo

De los 57 años que ha vivido el señor Rony Trespalacios, cincuenta ha sido nazareno en la Semana Santa. Fue trompetero pero ya lleva 35 años siendo campanero en las procesiones. Toca una campana de ocho libras, herencia familiar que data de 1743. De su familia también era un peto de plata martillada que tiene, por uno de sus lados, un altorrelieve de la Virgen de La Candelaria, y por el otro, a la Virgen del Carmen. Tanto la campana como el peto fueron donados al Museo de Arte Religioso, pero se los permiten sacar para los actos procesionales.

En tanto tiempo, Rony ha visto muchas cosas. Como el muchacho barranquillero que, viniendo de Bogotá a Valledupar, se accidentó en una avioneta por los lados del Cataumbo y se fracturó la columna. Los médicos de Colombia y Estados Unidos que visitó le dijeron que jamás volvería a caminar, pero quienes lo habían encontrado luego del accidente le habían dicho que orara al Jesús de Nazareth que está en la iglesia de La Concepción. Fue así como llegó a Mompox sin conocer a nadie, comenzó a preguntar y le presentaron a Rony. "Yo lo llevé adonde un amigo, ya difunto, que se llamaba Candelario Arias. Como nosotros éramos un grupo grande que nos reuníamos en la casa de él, uno le trajo el capirote, el otro le trajo la túnica, el otro le trajo la pañoleta, el otro le

trajo el cordón, así que lo vestimos. Dijimos 'cuando la procesión arranque del parque este, del parque de La Libertad, lo vamos a poner a cargar'. Un compañero lo llevaba abrazado para que él cargara el anda. Y actualmente él camina, y vive en Barranquilla... Fue un milagro", dice, y se ajusta una boina de cuadros que lo hace parecer un cantante cubano.

Pero así como los piadosos reciben su recompensa, los impíos son castigados. En Mompox, durante la Semana Santa, aparece el Nazareno del otro mundo, que persigue a quienes se portan mal. Las víctimas suelen ser los únicos que lo ven, porque es invisible para el resto. Rony cuenta la historia de Modesto Dávila Arévalo, que se la pasa metido en los playones y tiene una finca que está a 45 minutos en moto. Un Jueves Santo, Dávila "dejó la procesión porque se formó una pelea, y él arrancó para el barrio arriba porque él vivía en Santa Fe. Cuando le faltaban como dos cuadras para llegar a la casa de él oyó una voz, 'Regrésate, que tú nunca has dejado la Semana Santa tirada', pero él siguió caminando cuando sintió fue unos juetazos, con el cordón, ¡pa, pa, pa!, le pegaron. Y todavía tiene las marcas en el cuerpo", relata con convicción. Inútil tratar de encontrar a Modesto Dávila para preguntarle por su versión, pues él rara vez viene por allí.

Este *poltergeist* vindicativo se repite y ramifica en múltiples versiones referidas por otras personas, todas de oídas, que sucedieron a diferentes víctimas. Y como en un juego de espejos, la explicación racional, a su vez, cambia de protagonista pero obedece a la misma ocurrencia. El arquitecto Álvaro Castro Abuabara, quien trabaja preservando el patrimonio urbano de Mompox, dice que "durante el periodo de Semana Santa, y antes de Semana Santa, el comportamiento era fijado por la cercanía de la fiesta. No se podía cocinar en ciertas fechas, no se podía viajar, no se podía hacer una cantidad de cosas porque sucedían una serie de eventos fantásticos que son fabulosos de contar y divertidos además... Como de castigos divinos, como que les sale el Nazareno del otro mundo. Ahora, a muchos les sucedió en realidad, ¿ya?, ¿pero por qué razón?", y ríe como para darle cabida al suspenso, como si la risa fuera un signo de puntuación. "Yo puedo decirle que mi papá me cuenta que un tío antes de morir, o sea cuando ya estaba viejo, le contó que en épocas de Semana Santa se disfrazaba de nazareno y se iba para el monte con un chuncho. Un chuncho es un perrero, un látigo", explica. "Se iba para el monte porque era campesino en Santa Ana, ¿ya?, entonces había la tradición de que si tú estás en el monte el Jueves Santo, el Nazareno del otro mundo te salía y te daba una fuetera. Claro: el tío se disfrazaba de Nazareno del otro mundo y si te cogía en el camino te daba", y hace sonido de látigo. "¡La gente se echaba a correr! ¡Una cosa del otro mundo!, y cuando lo estás viendo materializado tú corres y, cuando echas el cuento, tú estás convencido de que te pasó y sí te pasó, ¿ya? No es solamente una fantasía que muchos se inventaron sino que otros se encargaron de llevarla a la realidad. Entonces, ¿qué es verdad y qué es mentira? Para quien le pasó es verdad, y lo sigue contando".

La explicación es plausible, tranquilizadora. Le pregunto a Rony si a él se le ha aparecido el Nazareno de otro mundo. Previsiblemente, me dice que no, luego señala el edificio de la alcaldía y dice "pero a cada rato veo a la vieja esa que sale ahí en el segundo piso. Yo llego a las cuatro de la mañana todos los días porque soy barrero. Antes era celador. Tengo veintidós años de estarlo haciendo, y la señora pasa por ahí. Yo ya no me asusto para nada: ya estoy acostumbrado".

Se hace de noche. Camino por las calurosas calles de Mompox pensando que, según Luis Buñuel, los relatos góticos, de fantasmas y vampiros, solo pueden darse en clima frío porque la niebla, las tormentas y las gélidas ventiscas construyen un ambiente propicio, una atmósfera terrorífica. Pero Mompox es la prueba de que a los espectros y criaturas del más allá no les afecta el clima. ☺



Rony Trespalacios.

En Mompox la semana previa a la Semana Santa se llama Semana de Dolores. La ciudad se prepara para los ritos más fastuosos del año: es la víspera del Jueves de Dolores y ya muchos están haciendo pintar las fachadas de blanco y retocando el negro de las rejas; se puede ver a la gente llevando y trayendo vestidos, pelucas, potencias y joyas para engalanar las andas o pasos que van a desfilar en cada procesión; los hoteles y casas se preparan para la cascada de propios y extraños que vienen en esta época a razón de unos sesenta mil visitantes vivos, según el censo aproximado de Kevin Reinfstang, encargado de coordinar las celebraciones desde hace cuatro años.

De los muertos, espectros y ánimas que vienen para esta época es más difícil llevar la cuenta. Es más sencillo contar a la gente que tiene una existencia palpable, por eso sabemos que los hoteles se llenan y que dentro de las casas todo es susceptible de convertirse en cama para albergar a una concurrencia que por mucho rebasa el número de residentes. En cambio, no se tiene un censo de fantasmas, aunque todos los que aún respiran y pertenecen a este mundo parecen saber que en Mompox abundan y que en Semana Santa se multiplican.

La niña del canastico

Fidel Vesga Arias, a sus nueve años, sabe tanto acerca de procesiones como de aparecidos. Puede recitar sin equivocarse el nombre de cada paso, los días que sale y los recorridos. Su madre es la encargada de arreglar el paso de Jesús ante Herodes. Hace unos días Fidel participó por primera vez como nazarenito cornetero en la Semana Santica, una réplica infantil de la Semana Mayor, y ahora revolotea en una casa donde están arreglando el paso de Jesús ante Caifás, donde los adultos lo toleran y de vez en cuando le hacen algún comentario. Fidel se precia además de haber advertido, el año pasado, que uno de los soldados romanos que están en el paso de marras estaba por

La tiranía del billete

por GUILLERMO CARDONA

Las efigies acuñadas en monedas, faros egipcios, faraones egipcios, zares rusos, emperadores japoneses y chinos, reyes europeos, kanes y califas orientales hacen las delicias de quienes coleccionan monedas (numismática); mientras que ciertos errores en la impresión o en la fecha de expedición, y motivos como flores o animales exóticos, planetas, escritores y figuras históricas, llaman la atención de los coleccionistas especializados en billetes (notafilia), una ciencia o una afición no tan antigua, pues la costumbre de emitir billetes de manera sistemática a través de bancos centrales en Estados más o menos constituidos se consolidó solo a partir de la segunda mitad del siglo XIX. Su propósito, remediar la escasez de monedas de oro y plata. Funcionaban como un documento de crédito en contra del tesoro del Estado y, en su evolución, sirvieron a la burguesía que emergía como clase dirigente en la sociedad del librecambio para lo mismo que le habían servido sus troqueles a los reyes y emperadores de la antigüedad: controlar la economía, evitar la evasión de impuestos y la fuga de capitales y, sobre todo, garantizar que las ganancias quedaran en pocas manos.

En las últimas décadas, en la numismática y la notafilia internacional, salvo aquellas naciones donde aún subsiste la monarquía y es de obligatorio cumplimiento que la familia real aparezca hasta en la sopa, son excepcionales las monedas que llevan la efígie del mandamás de turno. Son más comunes los héroes militares y los líderes de ciertas gestas nacionales o la aparición de personajes que hicieron grandes contribuciones a la ciencia o el arte, muertos ilustres.

De modo que los billetes emitidos y protagonizados por dictadores y ayatolas que se hicieron célebres no precisamente por su sabiduría y bondad, resultan ser piezas extravagantes y no necesariamente muy valiosas en el mundo de quienes compran y guardan billetes como si fueran fotos de familia.

Gracias a la colaboración del coleccionista Bernardo González White, a su amplio conocimiento del tema y a su costumbre de buscar el papel moneda de otros países a lo largo de cuarenta años e innumerables viajes, hoy podemos compartir con ustedes algunos billetes donde quedan para la posteridad las estampas de unos cuantos sátrapas que hicieron de las suyas en los últimos tiempos. En los trazos, los colores y los refinamientos pictográficos se evidencia así mismo la codicia, la megalomanía, la vanagloria y esa cierta ridiculez de quienes se creyeron eternamente amados por su pueblo.

Para que no se nos olvide que esos excéntricos payasos del circo del poder existen todavía y que aún después de que se van y pierden hasta el billete, las consecuencias de los daños que hicieron persisten en el tiempo. Una lección de lo que los economistas llaman devaluación.



Lluvia de billetes

Billete de 25 dinares, el único en Irak que lleva la figura de Saddam Huseín (Takrit, 1937 - Bagdad, 2006) con uniforme militar. Fue dictador de su país de 1979 a 2003, cuando Bagdad cayó bajo dominio de tropas estadounidenses. Tiempo después fue capturado y ejecutado por orden del presidente norteamericano George W. Bush. Durante su largo mandato, Huseín comprometió a su país en la guerra con sus vecinos iraníes y alcanzó a invadir Kuwait, además de atacar con armas químicas a tropas chiitas que enfrentaban al régimen en su propio país. Este billete en particular alcanzó un gran valor hasta que los norteamericanos, durante la Guerra del Golfo en los noventa, decidieron realizar una edición masiva por su propia cuenta y lanzar los billetes desde aviones en pueblos y ciudades iraquíes. Esto obligó a retirarlo de circulación. La lluvia de dinares afectó seriamente la economía local y por supuesto bajó de manera drástica la cotización entre los coleccionistas internacionales.



Con ocho años basta

Billete de 5 shillings del Banco Central de Uganda, bajo el régimen de Idi Amín Dada (Koboko o Kampala, 1925 - Yeda, Arabia Saudita, 2003), dictador militar y tercer presidente de Uganda después de la independencia del Reino Unido, entre 1971 y 1979. Se presentaba a sí mismo como "Su Excelencia el presidente vitalicio, mariscal de campo Alhaji Dr. Idi Amín Dada, señor de todas las bestias de la tierra y peces del mar y conquistador del imperio británico en África en general y en Uganda en particular", sin olvidar nunca que era pretendiente legítimo al trono de rey de Escocia. Durante su mandato no se privó de ningún crimen y se le acusó entre otras atrocidades de canibalismo. Fue derrocado en medio de una gran euforia popular pues en sus ocho años al frente del gobierno acabó con la economía y la infraestructura del país. Murió en el exilio bajo la protección de la monarquía saudí.

Del billete morado a la pastilla azul

Billete de un dinar, Libia, donde posa como un divo Muamar Gadafi (Sirte, 1942 - 2011). Gobernó su país entre el 1 de septiembre de 1969 y el 20 de octubre de 2011, con el título de Hermano Líder y guía de la Revolución de Libia. Detrás de su panarabismo y su discurso de izquierda, se ocultaba un hombre calculador que no se detenía ante nada para lograr su propósito de perpetuarse en el poder que ejerció con mano de hierro durante más de cuarenta años, tiempo en el cual amasó una fortuna calculada en 150 mil millones de dólares. Tal fortuna se les esfumó a los hijos que le sobrevivieron (tres fueron asesinados, cuatro están en el exilio, uno continúa desaparecido). De acuerdo con el investigador ruso Anatoli Yegorin, autor del libro *La derrota de Muammar Gaddafi*, cuando ya estaba claro que los miembros de la Otán harían todo lo posible por derrocar al dirigente libio, su dinero empezó a desaparecer; los banqueros occidentales vaciaron sus cuentas y trataron de lavar el dinero en zonas de libre comercio, mientras que oficiales libios sacaron del país a través del desierto miles de dólares y lingotes de oro. Nadie sabe a ciencia cierta dónde fue a parar dicha fortuna. Al final de sus días se conoció su afición por el Viagra. Tomaba más de dos pastillas diarias para mantener su régimen de sadismo sexual; las mujeres que tenían relaciones con él salían de sus aposentos directamente para urgencias. Murió a manos de milicianos del Consejo Nacional de Transición, CNT, de dos disparos a quemarropa, en el estómago y en la sien.



La imagen del país más hermético del mundo

Billete de 100 won, Corea del Norte. Desde 1948, este país del sudeste asiático ha vivido bajo la dinastía de los multimillonarios Kim. Primero fue Kim Il-sung, El presidente eterno, quien aparece en el billete y que instauró un régimen de ideología socialista "juche" (autosuficiencia) que derivó en una monarquía estalinista hereditaria. En 1994, le sucedió su hijo, Kim Jong-il, El amado líder, quien falleció en 2011 y permitió el ascenso al trono de su hijo y heredero, Kim Jong-un. Durante casi setenta años Corea del Norte ha permanecido completamente aislada de la comunidad internacional y poco se sabe de lo que allá ocurre realmente. Se sabe que las infracciones, por menores que sean, se castigan severamente y que los familiares del inculpaado entran con el delincuente en campos de concentración. De Kim Jong-il dicen que empezó a caminar cuando tenía solo tres semanas y que habló a los dos meses de vida; gastaba setecientos mil dólares al año en coñac, y tenía un ejército de esclavas sexuales. Del nuevo retoño en el poder, Kim Jong-un, se sabe que le fascinan los parques de diversiones, los dispositivos móviles y los videojuegos, que es fanático del baloncesto y se acopleja de sus 1,74 centímetros de estatura; debió ser operado de los tobillos por el abuso de plataformas en sus zapatos. Como no confía ni en sus peluqueros, se motila él mismo y su corte es obligatorio para los coreanos varones. Más de ochenta funcionarios de altos cargos del Estado han sido ejecutados por diferentes motivos; entre otros el tío del joven dictador, que era ministro de defensa y fue acusado de "alta traición" por haberse quedado dormido en un desfile, y el arquitecto del aeropuerto de la capital, Pionyang, porque al pequeño Kim no le gustó el proyecto.



Billetes sin cara, solo sello

Billete de 50 nuevos zaires, la moneda que se inventó Mobutu Sese Seko Nkuku Ngbendu wa Za Banga (Lisala, Congo Belga, 1930 - Rabat, Marruecos, 1997). "El guerrero todopoderoso que, debido a su resistencia y voluntad inflexible, va a ir de conquista en conquista, dejando el fuego a su paso". Fue el primer y único presidente de la República de Zaire, actualmente denominada República Democrática del Congo, entre noviembre de 1965 y marzo de 1997. El régimen de Mobutu fue la materialización misma de la cleptocracia. Durante su mandato amasó una fortuna cercana a los cinco mil millones de dólares. Fue derrocado en 1997 por Laurent-Désiré Kabila que resultó peor y dejó a su paso cuatro millones de personas asesinadas. Mobutu murió en Marruecos de un cáncer de próstata que lo acompañó desde 1962. Al llegar Kabila al poder, una de sus mayores preocupaciones fue eliminar cualquier rasgo de Mobutu de la vida cotidiana del país, una labor complicada cuando todos y cada uno de los billetes que circulaban tenían la imagen del antiguo dictador. No había dinero para emitir nuevos billetes y el diseño de la nueva moneda podría tardar meses. ¿Qué hacer? La respuesta de Kabila fue sencilla y radical: ¡Abrámosle un hueco a todos los billetes del país para no tener que ver la cara de ese infeliz! Y así fue. Todos los billetes del país empezaron a tener un orificio y circularon así hasta que el gobierno emitió una nueva moneda casi un año después. ☺



Un sueño para Meli

por LUCKAS PERRO

Ilustración: Manuel Celis Vivas

La selva hervía en mi rostro. Mi piel hinchada por las marcas de cientos de insectos era un invisible escudo que no permitía a mi cuerpo tocar realmente las sábanas. Daba vueltas al ritmo de la sinfonía de zumbidos que buscaban un pedazo de piel virgen. Ese pequeño ejército me había devorado. Tú dormías. Me gusta mucho verte dormida, hasta en esa pequeña ausencia me reconfortas con la misma suavidad que en la vigilia. Afuera, el sonido de la quebrada mantenía despierta a la oscuridad y a su clan de minúsculos seres que tejían la vida a la luz de las estrellas. Cuando me disponía a velar tu sueño, caí por fin del otro lado.

Había una gran fiesta. Era la casa de Pilar, un caserón viejo de techo y paredes de barro a una cuadra del parque de Belén, justo a dos casas del bar de la familia de Julián, tu amigo; pero era, a su vez, una casa mora al sur de España, con tres grandes patios interiores y algo muy particular: subía tres metros cada vez que uno atravesaba una de sus galerías gracias a unas escalas de madera que sobresalían del piso de tierra. En la parte de atrás se escuchaba flamenca y un barullo de gente entre el tronar de platos y cubiertos que llegaban a una gran mesa cubierta por un mantel completamente blanco. Todo estaba a media luz, en la otra galería bailaba Pilar junto a otras mujeres.

Aguardando el momento de dar el primer bocado a la exquisita cena, estábamos sentados César, mi gran amigo; Lina, en aquella época su compañera; el padre de ella —don Guillermo—, y yo. Me sentía felizmente borracho, hablábamos emocionados de viajes y películas. A don Guillermo en particular le había gustado un trabajo que desarrollé en la periferia, no solo porque actuara Lina, sino por el contenido sarcástico

y político de aquel cortometraje, me ensalzaba sin ser en exceso meloso, y yo no paraba de reír y tomar vino. De un momento a otro los platos comenzaron a levantarse de la mesa y luego volaron en varias direcciones. Lina, don Guillermo y César se montaron en ellos y empezaron a surfear sobre el aire por toda la casa. Un plato pasó por mi lado, y pude ver en su fondo la imagen de una virgen gitana. Yo empecé a flotar como otro de esos platos, y luego, los demás invitados; la música flamenca no paraba de sonar.

A pesar de tanta felicidad me levanté asustado, pensando en César y en Lina. Corrí hacia mi morral y les marqué desde mi celular. No me contestaron. Entredormida me preguntaste qué había pasado. Rápidamente te conté y tú respondiste que estuviera tranquilo, que más tarde los llamaríamos. Caí en un profundo sueño pegado al calor de tu espalda. Al mediodía, mientras leíamos cuentos libaneses en el corredor de la finca en San Rafael, César devolvió mi llamada para contarme que don Guillermo había fallecido. Recordé al instante la mística con que los habitantes de San Basilio de Palenque me advertían sobre los sueños en los que viera comida: "Bajo ninguna circunstancia recibas alimentos en los sueños, es la trampa con la que los muertos nos jalan". Qué habrá pasado en esta ocasión, en ningún momento probamos bocado, lo único que hicimos fue bailar sobre los platos. ©



cinéfagos.net 10 años

cine colombiano, crítica de cine, comics, artes electrónicas, artículos y ensayos, cuentos de cine, documentos

 /cinefagos.net

 @cinefagosnet

parque
explora

“¿Qué sucede cuando se separan
**la mano y la cabeza,
la técnica y la ciencia,
el arte y el oficio?**

...Cómo sufre entonces la cabeza,
cómo se ven dañadas tanto
la expresión como la comprensión”

Richard Sennett. "El artesano"

exploratorio

TALLER PÚBLICO DE EXPERIMENTACIÓN

Parque Explora-Medellín

Parque de ciencia y tecnología-Planetario

exploratorio Medellín es un taller para el encuentro de los autodidactas,
para la emancipación creativa, para el cruce de tecnologías
y para hacer ideas con las manos.

www.parqueexplora.org



parqueexplora



parqueexplora



@ParqueExplora



MINCOMERCIO
INDUSTRIA Y TURISMO

innpulsa
Colombia

TODOS POR UN
NUEVO PAÍS
MAZ EQUIDAD EDUCACIÓN



Alcaldía de Medellín
Cuenta con vos